

Ninguna persona es una isla: el encuentro entre dos soledades en el epistolario Laforet-Sender

Maura ROSSI
Università degli Studi di Padova

Resumen

En 1965 Carmen Laforet conoció a Ramón J. Sender durante un viaje cultural que emprendió por Estados Unidos invitada por el Departamento de Estado norteamericano. El breve encuentro que los dos escritores entretuvieron en Los Ángeles, solicitado por la misma autora antes de su salida de la España franquista, marcó el comienzo de una larga y sólida amistad trabada al hilo de una correspondencia epistolar ininterrumpida durante más de diez años. Espacio de intercambio de evaluaciones y reflexiones literarias y, a la vez, ventana abierta hacia los más íntimos sentimientos, impresiones y temores de los dos correspondientes, el intercambio Sender-Laforet es un instrumento crítico de imprescindible interés para entender la vida y la obra de los dos autores. El presente artículo se propone explorar los temas de discusión que sobresalen en las más de setenta cartas recogidas en la edición de Israel Rolón Barada, con el objetivo final de acercarse a dos figuras eminentes de la España del siglo pasado no a través de la vía preferente, es decir adentrándose en sus obras, sino por medio de sus vivas voces, sumamente sugestivas y merecedoras de ser amplificadas.

Palabras clave: Carmen Laforet, Ramón J. Sender, correspondencia, exilio español, Franquismo.

Abstract

In 1965 Carmen Laforet first met Ramón J. Sender during a cultural trip she took through the United States, invited by the American Department of State. The brief encounter the two writers had in Los Angeles – whose inclusion in the travelling schedule had been requested by Laforet before her departure from Franco's Spain – sanctioned the beginning of a long-lasting, close friendship developed through over ten years of written correspondence. A space for interchanging literary evaluations and reflections and, at the same time, an open window over the most intimate feelings, impressions and inquietudes of the two, the Sender-Laforet correspondence is a crucial critic instrument for understanding the life and work of both writers. This article will explore the most prominent topics discussed in the over seventy letters collected by Israel Rolón Barada in his edition of the interchange, with the ultimate aim of approaching two eminent figures of last century Spain not following the main path – that is to say, analyzing their work –, but instead through their own voices, utterly suggestive and thus deserving a further amplification.

Key words: Carmen Laforet, Ramón J. Sender, correspondence, Spanish exile, Francoism.

Podría decirse que los recorridos biográfico y literario de Ramón J. Sender y Carmen Laforet, autores sobresalientes en el heterogéneo panorama de las letras hispánicas del Siglo XX, son emblemas contrapuntísticos de la etapa histórica y cultural que coincide, para todo escritor español del interior o del exterior, con las cuatro décadas de dictadura franquista. Voces situadas en las dos orillas del Atlántico – España para la “chica canaria”, como la definió Manuel Cerezales (1985), y México y Estados Unidos para el escritor aragonés –, los dos autores llegaron a establecer una larga amistad epistolar de la que queda constancia desde 1965 hasta 1982, según registra Israel Rolón Barada en su recopilación de la correspondencia¹. A lo largo de casi dos décadas de comunicación ininterrumpida – aunque variable en su frecuencia – Sender y Laforet intercambiaron juicios literarios y metaliterarios de extraordinario interés en relación con sus respectivos *corpora*; no obstante, lejos de limitarse a la esfera profesional en su relación, también confiaron el uno a la otra valoraciones íntimas alrededor de los contextos político-sociales en los que se desenvolvían, comentarios relativos a sus circunstancias personales, temores, inseguridades y ansiedades propios de cada uno. En consecuencia, como se verá, el epistolario que los une no solamente se presenta como el valioso testimonio de un contacto ya de por sí bastante peculiar entre un exiliado del '39 y una de las figuras literarias más renombradas de la España dictatorial, sino que ahonda en la personalidad de cada uno de los sujetos involucrados, configurándose a la vez como una ventana abierta en la vida de dos figuras clave para la literatura española contemporánea.

La primera carta que Laforet recibe de Sender data del 5 de octubre de 1947 y procede de Albuquerque, en Nuevo México. En ella el autor aragonés, profesor universitario ya afirmado en los Estados Unidos y personalidad eminente del exilio literario, llama “compañera” a la joven ganadora de la primera edición del Premio Nadal (1944), recién establecido a la par de otros galardones literarios como “vehículo de una nueva literatura peninsular” (Zuleta, 2006: 140). El marco político-social es un proyecto de restauración cultural promovido por el régimen en respuesta a aquellos detractores que sobre todo desde el exterior se empeñaban en declarar la muerte de las letras españolas tras la huida fuera del país de numerosos intelectuales. En esa primera carta, que no tiene respuesta pues Laforet ignora por aquel entonces la altura

¹ En *Puedo contar contigo. Correspondencia* (Laforet-Sender, 2003) Barada recoge y transcribe setenta y cuatro cartas y dos fragmentos correspondientes a la década 1965-1975, coincidiendo con la mayoría – aunque no con la totalidad – de las epístolas intercambiadas por los autores en la época correspondiente. En lo que se refiere a los años que abarcan desde finales de 1975 hasta 1982, Barada subraya que “[d]esconocemos por el momento cómo continúa esta correspondencia [...] hasta el fallecimiento de R. J. Sender en enero de 1982, pero sí sabemos por familiares y amigos que esa amistad y ese intercambio epistolar se extendió hasta el final de los días del escritor aragonés” (CORR, 26-27). Señalo que, de aquí en adelante, utilizaré la sigla CORR, seguida por el número de página correspondiente, para indicar las citas tomadas Carmen Laforet – Ramón J. Sender (2003): *Puedo contar contigo. Correspondencia* [a cargo de Israel Rolón Barada], Barcelona: Destino. Entre corchetes indicaré la fecha que encabeza cada una de las cartas citadas, mencionando, donde sea posible, día, mes y año en cuestión según el siguiente formato: [día.mes.año].

intelectual del remitente², Sender felicita a la escritora por su “talento” – según el aragonés muy raro de encontrar en las nuevas generaciones – y por su “dominio de la realidad, [su] visión directa, sencilla y asombrosamente humilde” (CORR, 33-34). El tono generoso y sinceramente entusiasta de Sender se concreta en una exhortación a que Laforet se dedique a la literatura como ocupación primaria y aproveche y cultive a lo máximo una dote personal que no le pertenece solamente a ella, sino que es patrimonio de todos. Esa invitación vibrante a la escritura, formulada con el interés del lector ávido y con la conciencia del experto conocedor del oficio, se convierte, veinte años más tarde en una constante de la comunicación epistolar entre los dos escritores, adquiriendo los matices, a la vez, del consejo intelectual y de la expectativa personal. En la misma carta, Sender incluso ofrece facilitar a Laforet los contactos de sus editores estadounidenses con vistas a una traducción al inglés de ese *Nada* que tanto le ha impresionado y provocado admiración y que llegará a publicarse en Norteamérica solamente veinte años después³.

El intercambio de cartas se hace diálogo a raíz de un viaje a Estados Unidos que Carmen Laforet emprende invitada por el Departamento de Estado norteamericano, que por aquellas fechas fomentaba el intercambio cultural con Europa proporcionando a escritores e intelectuales del viejo continente la oportunidad de visitar el territorio estadounidense y dar conferencias en ateneos e instituciones culturales⁴. Laforet ya había expresado desde España el deseo de encontrar a Ramón J.

² En una entrada del diario que Laforet publicó por entregas en la primera parte de los Setenta para el periódico *ABC* se lee: “Sender me escribió, aunque yo, que no había vivido la inquietud literaria de antes del treinta y seis y que aquel año, y aún otros, fui estudiante de bachillerato, no supe toda la generosidad de su carta, porque ignoraba la categoría de quien me había escrito al leer mi primer libro, animándome tanto. Luego me enteré. A lo largo del tiempo, lentamente, logré leer algunas cosas suyas” (CORR, 269 [entrega originalmente publicada en *ABC* el 21.04.1972]). Aunque en 1947, año en que recibió la carta de Albuquerque, Laforet todavía no estaba integrada dentro del ambiente literario peninsular, el hecho de que el nombre de Sender le fuera totalmente desconocido es sintomático de lo efectiva que resultó la acción de la censura franquista en la obliteración del nombre del aragonés de los círculos culturales oficiales de la posguerra y en la eliminación de sus obras del mercado editorial. Recuérdese que, para aquella fecha, ya habían salido a la luz numerosos trabajos de Sender; entre ellos *Imán* (1930), *Mister Witt en el cantón* (1936, obra ganadora del Premio Nacional de Literatura), *Proverbio de la muerte* (1939), *El lugar del hombre* (1939) y el primer tomo de *Crónica del Alba* (1942) (datos bibliográficos en Ara-Tudelilla-Mainer, 2001: 137-54).

³ La traducción estadounidense de *Nada* fue publicada con título *Andrea* por la editorial Vintage Press de Nueva York. En junio de 1966 Sender elaboró una reseña de la obra de la traducción de Charles F. Payne en la revista *Los libros y los días*, vinculada a la American Literary Agency fundada por su amigo y conterráneo Joaquín Maurín (texto de la reseña en CORR, 257-61). En una carta que envía a Laforet el 27.05.1966 el aragonés comenta que la edición en inglés “no está mal, pero podría estar mejor”, pues no consigue reproducir todos los matices del original (CORR, 63).

⁴ Antes de Laforet también había disfrutado del mismo programa Miguel Delibes, cercano a la autora canaria en lo que atañe a la recepción de sus primeras obras y a la fecha de publicación de estas. Según reconstruyen Anna Caballé e Israel Rolón en su biografía de Carmen Laforet (2010), fue justamente tras un conferencia de Delibes a la que asistió en Madrid en mayo de 1965 como Laforet llegó a enterarse del programa norteamericano, hablando con la esposa del escritor.

Sender, a quien escribió desde Boston para avisarle de su llegada inminente a Los Ángeles, una de las últimas etapas de un recorrido que duró cerca de tres meses:

Sería para mí una verdadera alegría, aparte de un gran favor, que pudiéramos encontrarnos durante mi estancia en Los Ángeles. Que pudiera recibirme en la Universidad o donde usted quisiese. [...] Me llamo Carmen Laforet. Usted tuvo la generosidad de escribirme cuando yo publiqué mi primera novela hace veinte años. Yo no sabía entonces que era usted escritor. Después he ido no solo sabiéndolo sino queriendo conocer su obra, hasta este encuentro con ella. (CORR, 35-6 [10.1965])⁵

En California, en noviembre de 1965, los dos autores comparten una cena que Laforet relatará en forma de crónica en *Paralelo 35*⁶, y al día siguiente la escritora, que tenía un temor notorio a hablar en público y comentar su obra desde una cátedra, incluso se atreve a acudir a una de las clases que Sender daba en la Southern California University y entretiene ante los alumnos una charla literaria con el escritor. Acerca de la presencia de Laforet en el aula escribe el aragonés que

Los estudiantes recordarán siempre el intercambio de elogios entre usted y yo (los suyos de veras generosos) y se harán una idea falsa de la cordialidad de relaciones entre los escritores españoles. (CORR, 37 [04.12.1965])

En las pocas horas que consiguen pasar juntos, Sender queda asombrado por el carácter alegre, adolescente, “viv[o] y latente” de Laforet, una impresión que el autor mantendrá a lo largo de los años y que tanto contrasta con el perfil de mujer atormentada e insatisfecha que se suele asociar a la autora (CORR, 141 [14.01.1971]). Para ella, en cambio, el acercamiento a Sender consiste más bien en el sorprendente descubrimiento de una voz excelente de la literatura española, que apenas se logra escuchar en la patria debido a las severas limitaciones impuestas por la censura⁷.

⁵ La carta de Laforet llegó a las manos de Sender no antes de febrero de 1966 (acusa recibo del documento en una misiva fechada 04.02.1966), pues había sido erróneamente enviada a la vieja dirección del autor.

⁶ Sobre el encuentro con Sender escribe la autora “Sender quería saber todo de España. [...] Escribe para españoles y cosas españolas hasta cuando trata temas americanos. Es hora de que España le rinde el eco de sus lectores. Me sentía emocionada al hablar con aquel hombre, a quien el transplante a otras tierras no había anquilosado ni parado en una hora literaria, como ha ocurrido a otros escritores; un hombre que seguía haciendo vida y literatura con toda su potencia creadora. [...] ‘Usted no se acostumbraría ahora’ le dije ‘a una vida tan áspera como es la de España para los escritores. Usted no se acostumbraría a sentirse perdido en las bibliotecas, a tener que buscar cualquier material de estudio como un guerrillero solitario entre libros. Tampoco se acostumbraría a nuestras envidias, enemistades, rencillas...’. [...] Y sin embargo yo veía que era un español con nostalgia de España. [...] El milagro de Sender es que sigue viviendo en español y sigue escribiendo en un español viviente siempre nuevo y renovado. La nostalgia no le ha secado. Al contrario. Es como si llevara a dondequiera que va, tierra española pegada a la suela de sus zapatos” (Laforet, 1967: 189-191).

⁷ En sus primeras cartas a Sender, Laforet lamenta constantemente la dificultad que le supone encontrar obras del autor en Madrid. Según se infiere del testimonio proporcionado en Caballé-Rolón (2010) por Marion Ament, profesora la Universidad de Maryland que también se había ocupado de la acogida de

La comunicación que se establece entre los dos autores tras la vuelta de Laforet a España adquiere desde el principio los matices de una tertulia literaria de las que “había antes”⁸, es decir del intercambio cordial entre pares, del diálogo culto entre profesionales de la pluma que toma la literatura como base y pretexto para amplias y variadas discusiones. En sus cartas, Sender se describe como un hombre solo, aislado por los demás exiliados del '39 a causa de su honda adhesión a una suerte de anarquismo *strictu sensu*, que le impide brindar apoyo incondicional a ninguno de los partidos políticos de antaño y que, por consiguiente, le aparta de las redes de contactos establecidas sobre la base de la militancia, sobre todo comunista y socialista:

Yo soy lo que fui siempre: un anarquista, es decir un enamorado de la libertad (no hay que olvidar que la libertad, el amor y Dios son una misma cosa, incluso para los viejos teólogos). (CORR, 80 [08.11.1966])

Yo no hago política de ninguna clase. No pienso hacerla ni en realidad la he hecho nunca (digo, de partidos). Pero, claro, el nombre de cada escritor va unido a alguna clase de tendencia. La mía es solo un deseo de libertad como la que tenemos aquí. Es decir, la posibilidad de leer, escribir y publicar lo que uno cree que está bien. [...] Pero política no. Ni ahora ni – creo – nunca. Uno va siendo viejo, además, para esos troles. (CORR, 64 [27.05.1966])⁹

Amargado por la sentencia no escrita de los comunistas españoles, que, según escribe al amigo Maurín, le han condenado a la “muerte civil, es decir la persecución sistemática por la calumnia” (Caudet, 1995: 191) y sospechoso dentro del *milieu* político estadounidense, todavía no totalmente emancipado del macartismo y de su ‘caza de brujas’, Sender relata a Laforet su condición de desarraigo persistente, que le coloca en una encrucijada desgarradora entre un regreso que considera imposible y una vida en Estados Unidos que no le pertenece del todo. Por su parte, Laforet habla de sí misma como una mujer agobiada y oprimida tanto por su trabajo – que demora continuamente al no encontrar en su casa las condiciones favorables para la escritura –

Delibes en Estados Unidos, fue ella misma quien obsequió a Laforet con los capítulos hasta entonces publicados de la *Crónica del Alba*, un texto ingrato en España por resultar impregnado de exilio en su lenguaje y sensibilidad, aunque no en el nivel temático (para un comentario al texto véase Ressayot-Pini, 1999).

⁸ Así escribe Laforet, evitando especificar la referencia temporal, con respecto a los encuentros literarios que Sender entretenía con José Manuel Lorenzo Carriba, conocido de la familia Laforet-Cerezales (CORR, 39 [01.1966]).

⁹ Como es bien sabido, tras abandonar la militancia anarquista, el rechazo de etiquetas políticas absolutistas fue una constante de la biografía senderiana. Autor de artículos publicados en revistas de diferentes banderas izquierdistas a lo largo de la Segunda República (entre otras, *Solidaridad Obrera*, anarquista, y las comunistas *Octubre*, *Leviatán*, *El Mono Azul* y *Nueva Cultura*, ver Dueñas Lorente, 1994), Sender se mostró contrario al dogmatismo comunista ya durante la Guerra Civil, lo que supuso que se convirtiera, desde su estancia en México a principios de los Cuarenta, en un sujeto orillado por la comunidad de los exiliados, que veía en la ortodoxia política una fuerza aglutinante tras la diáspora intelectual (para un comentario pomenorizado, véase Pini, 1994 y 1995).

y por el contexto socio-cultural en que se desenvuelve, opresivo, tetro y castrador. Nada más volver a Madrid después de su viaje, escribe:

[E]sto es lo que tiene España: que le aniquila a uno. ¡No contesto cartas, no hago nada de provecho desde que estoy aquí y siempre tengo la sensación de que estoy cargada de trabajo! ¡Qué sensación más horrible volver! El tren lleno de carbonilla – aunque hace años se suprimió la máquina de carbón – los empleados mal vestidos, los hombres mal educados... Y el clima de Madrid que desde hace unos años es un clima exactamente igual al que, de niños, nos decían que tenía Londres: un clima de nieblas, lluvias constantes y hollín. [...] Solamente estando tres meses fuera, ya se nota que esto no es lo que creíamos que era. (CORR, 39 [01.1966] [subrayado en el original])

Lejos de poder considerarse una personalidad del que recientemente se ha dado a denominar ‘insilio literario’¹⁰, Laforet sí ejemplifica la compleja coexistencia para una mujer de la España franquista entre el impulso hacia el cultivo de la escritura – que en muchas ocasiones llega a tachar de vocación destructora – y los deberes de madre y esposa que su entorno le exige¹¹.

Para los dos autores – inicialmente algo formales y, a la vez, francos y cercanos en su lenguaje –, las cartas que se entrecruzan por el ‘charco’ y el intercambio de obras y comentarios literarios constituyen un escape de sus rutinas personales y profesionales que con el paso del tiempo va forjándose en una íntima amistad.

Impresionada por la calidad literaria de las obras que Sender le envía y atenta a la angustia de su interlocutor por el hecho de ser todavía casi desconocido para los lectores españoles, Laforet pide permiso para hablar de él en las crónicas que, de vuelta a España, está elaborando sobre su viaje a América:

Yo quiero decir que la semilla de personalidad y de inteligencia que dejan los exilios (aunque no voy a emplear la palabra) hace más por España que todos los esfuerzos interesados e ineficaces. Usted es más español que todos los que estamos aquí. ¡Dios le bendiga! (CORR, 42 [01.1966])

¹⁰ Según la definición propuesta por Manuel Aznar, quien considera etimológicamente incongruente la noción de ‘exilio interior’, el “concepto de ‘insilio’ serviría para designar a los escritores republicanos, vencidos en 1939, que [...] lograron sobrevivir a la represión de la Victoria [...] y hubieron de proseguir su obra literaria en la España franquista, con las determinaciones a su libertad de expresión impuestas por la censura[, que, además,] al prohibir la difusión en España de la obra publicada por los escritores exiliados, determinó que los escritores republicanos del ‘insilio’ desconocieran casi por completo la obra de sus hermanos republicanos del exilio” (Aznar Soler, 2002: 21).

¹¹ Presencia constante en las revistas y periódicos del régimen, Laforet mal soportaba el sinfín de entrevistas y reportajes en los que, delatando un superficial si no inexistente interés por su obra, se establecía una conexión implacable entre su vida familiar y la actividad de escritora, como si se tratara de dos dimensiones incompatibles. A modo de ejemplo, véase el siguiente fragmento de una entrevista con Manuel del Arco, publicada el 18.08.1950 en el *Diario de Barcelona*:

- ¿Sientes ser escritora o prefieres ser solo madre de familia?
- A temporadas he sentido ser escritora; ahora creo que se puede ser las dos cosas.
- Casada con un escritor...
- No metas a Manolo en esto – interrumpe. (texto recogido en Caballé-Rolón, 2010: 229)

En dos diferentes cartas del año 1966, Laforet lamenta haber descubierto los trabajos de Sender “¡con más de veinte años de atraso!” y expresa palabras de elogio para el escritor y para ese *Crónica del Alba* que la había acompañado durante su recorrido por Norteamérica, una novela que para ella contiene nada menos que “las raíces de toda la novelística española” (CORR, 60-1 [06.05.1966]):

Para mí es el libro – novela – más importante de nuestra literatura en el último cuarto de siglo. Es una delicia, es algo terriblemente vivo y poético, es la verdadera raíz de lo mejor que tenemos en este país nuestro. [...] S¡i voy a Salamanca unos días – como me han pedido – y tengo que hablar de ‘mí’ literatura voy a hablar de la *Crónica del Alba* como una base literaria que, aunque yo no leí cuando debí leerla, estaba para darnos vida a todos e influía, como influye *El Quijote* aun en los que no lo conocen. Yo creo que esas obras fundamentales tienen una vida propia y aparte de todo, y forman el espíritu de un país. Creo un poco en la ‘comunidad literaria’ como en la ‘comunidad de los santos’, una riqueza que uno tiene aun sin mérito propio alguno. (CORR, 70-1 [25.07.1966])¹²

Usted es el gran novelista español de nuestro tiempo, tan conocido y tan desconocido para muchos aquí. Ahora usted llenará ese vacío que había en nuestra novela para los jóvenes. ¡Ojalá llegue pronto el momento en que se pueda escribir una buena historia de la literatura, completa y sin separaciones, y con verdadera escala de valores para contarla! (CORR, 60-1)

Cabe recordar que 1966 es el año en que queda aprobada la *Ley de Prensa e Imprenta*, que suaviza – aunque no revoluciona – la maquinaria del control sobre el material impreso, elimina la censura preventiva y permite, por ende, una mayor circulación de la literatura del exilio. El efecto inmediato es la publicación en España, además de tres tomos más de *Crónica del Alba* finalizados para ese mismo año¹³, de algunas obras y artículos de Sender hasta la fecha inéditos en la península, como *Epitalamio del Prieto Trinidad*, que Destino imprime más de veinte años después de la edición mexicana, o *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre*, cuya primera edición había aparecido dos años antes en Nueva York por Las Américas Publishing. Por lo que se infiere del epistolario, aun conservando la delicadeza y la discreción de siempre, Laforet no es del todo ajena a semejante proceso de recuperación y ‘regreso literario’ de Sender, por el que el autor manifiesta “muchacha ilusión [...] tanta ilusión casi como cuando era joven”

¹² La referencia a Salamanca va conectada con una serie de conferencias y simposios y de verano con ocasión de los cuales el ateneo leonés juntaba escritores e intelectuales españoles, tanto ‘del interior’ como ‘del exterior’. Como veremos más adelante, el mismo Sender recibió en más de una ocasión la invitación a acudir.

¹³ Se trata, según recoge Jesús Vived Mairal en su biografía de Sender (2002), de *Los términos del presagio*, *La orilla donde los locos sonríen* y *La vida comienza ahora*. De la segunda parte de *Crónica del Alba*, que Sender envía a Laforet en septiembre de 1966, comenta el autor que “es menos buena que la primera, o más mala”, a la vez que aconseja a la escritora que “no la deje leer a sus chicos” (CORR, 75 [26.09.1966]); en noviembre del mismo año escribe que el tercer tomo “está en la imprenta, y [...] supongo que no tardará en salir. El II queda un poco en el aire y por eso escribí el tercero” (CORR, 79 [08.11.1966]).

(CORR, 73 [28.08.1966])¹⁴. En una carta fechada 08.11.1966 Sender agradece a la escritora canaria haberle puesto en contacto con la editorial Magisterio, en la que Manuel Cerezales, marido de Laforet, trabajaba como director de la colección *Novelas y Cuentos*, y que precisamente se encarga de la publicación de *La aventura equinoccial...* En la misma carta, Sender detalla las contrataciones – ya avanzadas – en curso con Magisterio para la cesión de los derechos de autor de algunas obras suyas, y en el corto plazo de dos semanas vuelve a escribir a Laforet para comunicarle que la editorial parece haber aceptado el trato¹⁵. El autor está dispuesto a otorgar su conformidad, “poniendo como condición [...] que no cambien ni supriman una sola palabra”, luego añade con un rastro de amargura y decepción que teme que

Tal vez esto último les haga dar marcha atrás. [...] Tengo la impresión de que esos editores del Magisterio tienen, en relación con mis libros, un interés no literario. Me proponían también publicar una colección de novelas cortas titulada *Novelas ejemplares de Cibola* pero suprimiendo dos de ellas porque hay en ellas – eso no lo dicen – cosas un poco anticlericales (no antireligiosas, en absoluto). Yo les he dicho que no. Ese tipo de censura que eliminando una parte de la realidad da la impresión de que quiere enmendarle la plana a Dios, autor de la naturaleza, es difícil de tolerar, sobre todo después de 25 años viviendo en países de libertad religiosa. (CORR, 81-2 [23.11.1966][subrayado en el original])¹⁶

El comentario de Sender refleja por lo menos dos datos bastante significativos para la evaluación del panorama literario de la época. El primero, que el mercado – es decir, el público –, quizás a raíz de las reseñas y artículos publicados con cada vez más frecuencia por los intelectuales ‘del interior’, empezaban a requerir las obras de los exiliados con mayor fuerza, lo cual se reflejaba en la política adquisitiva de las editoriales españolas. El segundo, que la censura – tanto directa como indirecta –

¹⁴ Siempre ansioso por la publicación de sus obras en España, durante largo tiempo vedada, escribe en 1967: “soy abuelo [...] y querría que antes de marcharme se publicara en España todo lo que ha salido antes por esos barrios” (CORR, 93 [08.01.1967]).

¹⁵ Los editores [...] pedían los derechos de cinco o seis cosas, y diciendo que harían una edición primera de 15.000 y me pagarían el diez por cien de la venta. [...] Yo les dije que les cedía dos de los libros, uno corto y otro largo (no se han publicado aún en España), con la condición de que abonen a firmar el contrato la liquidación entera del diez por cien de sus 15.000 ejemplares, que en el libro pequeño sería 45.000 pesetas y en el grande alrededor (supongo) de 80.000” (CORR, 78 [08.11.1966]).

¹⁶ Sin querer establecer un improbable paralelo conceptual entre el control político de la circulación de material impreso y la reticencia personal a hablar de episodios concernientes un pasado traumático que no se quiere recordar, señalo que, curiosamente, la palabra ‘censura’ también aparece en un comentario que Ramón Sender Barayón elabora alrededor de la negativa rotunda por parte de su padre a proporcionar informaciones en relación con lo ocurrido a su esposa Amparo durante la Guerra Civil. En efecto, en *Muerte en Zamora*, crónica novelada de la búsqueda de datos sobre su madre emprendida tras la muerte del escritor, el hijo mayor de Sender comenta de la manera siguiente la resistencia de Sender a aclarar a sus hijos esa parte de la historia familiar: “Pese a la censura de mi padre, decidí confrontar a mi único pariente en Norteamérica, la única hermana de mi padre que había emigrado a Ciudad de México. [...] Mi deseo por [saber de mi madre] continuaba creciendo, pero para volver a descubrir a Amparo tenía que luchar con el hecho de que mi padre se negaba a hablar de ella. En varias ocasiones me advirtió específicamente que no escribiera nada sobre ella” (Sender Barayón, 1990: 24).

estaba todavía muy lejos de dismantelarse, conque seguía influyendo consistentemente en la circulación y recepción de la literatura española elaborada más allá de la frontera.

Para *La aventura equinoccial...*, Laforet escribe un prólogo en que persigue la indicación de Sender – al que había solicitado datos biográficos para tal propósito – de mencionar su lugar natal con tal de acallar la “polémica entre personas de un pueblo y del otro [de Aragón] sobre si nació aquí o allá. Como con Homero” (CORR, 88 [29.12.1966]). El prólogo de Laforet, publicado por primera vez en la edición Magisterio de 1967, presenta los mismos tonos de sincera alabanza que se encuentran en el epistolario, ya que Sender resulta definido como “un observador y un creador. [...] Posiblemente el más original, sincero y potente creador de nuestra literatura española actual”. Más significativo es el comentario elaborado alrededor de la etiqueta de “escritor político”, tan a menudo aplicada al aragonés y en opinión de Laforet carente de sustancia: “No lo es más que lo que podrían haberlo sido Dante o Cervantes en sus circunstancias. Va hacia la esencia de unas verdades que siente como tales, y no al aprovechamiento de los hechos, para presentar una orientación política. [...] Tampoco los azares de la vida personal de Sender – intensa vida antes y después del exilio – le ciegan ni le atan en ningún momento. Es demasiado grande para el rencor o el servilismo” (prólogo recogido en CORR, 262-63). Al mismo tiempo, además de mencionar al autor en artículos periodísticos y reportajes, plantea a su amigo la posibilidad de colaborar con *La Actualidad Española*, la misma revista que en principio iba a publicar “los artículos que [ella] debía escribir al hilo de su aventura americana” (Caballé-Barada, 2010: 353); la respuesta de Sender es, una vez más, la de quien está prioritariamente interesado en que su mensaje llegue a los lectores sin filtros ni intervenciones ajenas:

La empresa y su carácter no me importan gran cosa, ya que si publican lo que escribo como lo escribo, lo mismo me da el *Osservatore Romano*, que la *Pravda*, o el boletín de la diócesis. (CORR, 90 [08.01.1967])¹⁷

Agrega el autor que “[e]l dinero no me importa gran cosa, porque tengo más del que necesito por ahora [...]” (CORR, 91): el objetivo principal no es la remuneración, sino, como es evidente, conseguir la mayor circulación posible de su escritura en la tierra natal.

Esta incipiente ‘operación retorno’ – de los textos, aunque todavía no del autor – conlleva un éxito sorprendente para Sender, que además de recibir reseñas y críticas

¹⁷ La misma fórmula, que debía parecerle particularmente eficaz al autor, también aparece en una carta escrita al amigo Maurín más de un año antes, el 04.04.1956: “No sé si alegrarme o no de que el D.[iario] de N. Y. Vuelva a publicar mis cosas aunque siempre he creído que el vehículo no importa y que si el *Osservatore* de Roma o la *Pravda* de Moscú quisieran publicar mis artículos me parecería muy bien (supuesto que lo hicieran sin cambiar una coma)” (Caudet, 1995: 258). Sender acaba rechazando la propuesta de colaboración de Laforet debido a que “estando fuera de España y existiendo alguna clase de censura, no sabría qué acento tomar. Y el mío natural creo que no les sirve todavía (dadas las condiciones)” (CORR, 11 [18.09.1968])

inesperadamente positivas¹⁸ en 1967 gana el Premio Ciudad de Barcelona con *Crónica del Alba*, sin haber sometido su obra personalmente. Dos años después, su novela *En vida de Ignacio Morel* se adjudica el Premio Planeta. Por un lado, reconocimientos de semejante prestigio tienen el efecto de suavizar una censura cuya consulta, según bien subraya Vived Mairal (2002: 530), en el '67 seguía sin dar luz verde a la publicación de las tres últimas partes de *Crónica del Alba*; por el otro, la asociación de su nombre a galardones literarios de reconocido renombre supone un incremento significativo de su público en la península. Consciente de ello, Laforet le escribe el 27.10.1969:

Que alegría para mí lo del premio Planeta. No porque 'aumente un codo' tu valía, ni categoría, ni nada (el premio sí que se ha apuntado un tanto de altura y categoría que también me alegran). Ni siquiera por la cuantía del premio [...]. Es porque, aunque por fortuna, ya eres muy leído y conocido aquí (aunque se te haya ignorado durante tantos años, hasta que permitieron otra vez editarte). Este premio lleva aparejada una difusión muy grande de tu nombre, de tu personalidad, para una masa de lectores que no saben si no, y que te reconocerán y leerán. Y sé que te interesa el público de España. Y por eso mi alegría es tan grande. (CORR, 117-18 [subrayado en el original])

Si el problema que Sender manifiesta con mayor intensidad e interés en las cartas del primer periodo es la angustia por ser un nombre casi desconocido para los lectores españoles¹⁹, Laforet expresa en cambio una ansiedad algo más sutil, pero tan arraigada y poderosa como para influir tajantemente en su producción literaria y recorrido biográfico.

Desde sus primeras misivas, la autora canaria muestra un fastidio marcado hacia el medio ambiente tanto familiar como social en que se encuentra a obrar, donde “se disuelve como un terrón de azúcar en un vaso de agua” (CORR, 41 [01.1966]). Continuamente presionada por un público y un mercado editorial que después del éxito de *Nada* solicitan nuevas obras cumbre y ahogada por las incumbencias familiares, Laforet sufre una suerte de constante parálisis creativa, que la lleva a aplazar continuamente la publicación de trabajos que corrige una y otra vez – sean estos artículos, reportajes o novelas – y a delatar ante Sender una honda insatisfacción hacia todo lo que escribe. A tal propósito comenta el escritor que

¹⁸ Escribe ya en 1966 “La verdad es que estoy un poco ‘perplejo’. [Los críticos m]e tratan todos bien. Eso quiere decir que tampoco ellos tienen rencor. Yo no lo tengo hace mucho tiempo para nadie [...]” (CORR, 46 [02.02.1966] [subrayado en el original])

¹⁹ En una ocasión, el aragonés incluso pide noticias directamente a Laforet sobre una publicación suya de la que no consigue averiguar el destino: “¿Recibiste un libro de Tenerife con diez o doce novelas cortas mías? La editorial se llama Romerman. ¿La conoces? Hicieron una edición bonita, pero no me han mandado sino un ejemplar hasta ahora. ¿Tú sabes si circula por ahí? O ha intervenido la fuera corrupta, digo, la censura aconsejadora o punitiva o postdefinidora? Yo les escribí, pero no me responden y eso me intriga” (CORR, 114 [26.11.1968] [subrayado en el original]).

La verdad es que tuvo usted la rara fortuna (peligrosa) de comenzar con una obra maestra. Ahora sería difícil que le parezca bien lo que hace si no es mejor que aquello (lo que es difícil). (CORR, 45 [02.02.1966])²⁰

En enero de 1966, tras haber enviado a Sender todos sus libros imprimidos hasta la fecha comentando que “no estoy satisfecha con ninguno” (CORR, 40 [01.1966])²¹, Laforet explica que ha alquilado una pequeña vivienda en la localidad de Cercedilla, una suerte de ‘habitación propia’ a lo Virginia Woolf donde espera poder refugiarse tres días a la semana para dedicarse sin interferencias a la escritura. Sender anhela nuevas obras de la que define “una magnífica escritora [y] una mujer buena – angélica”, conque la anima repetidamente a que “olvide de vez en cuando su paraíso de madrecita” y “las ‘garras dulces’ de la familia” para otorgar voz a ese talento que no deja de alabar²²:

Robe tiempo al tiempo y escóndase, y siga trabajando en lo verdaderamente suyo, en lo que nadie puede hacer sino usted. Tiene un gran talento que no es ya propiedad suya sino de todos nosotros, los que la leemos. (CORR, 94 [24.01.1967])

Cuánto me gustaría ir a verla a Cercedilla y hablar dos o tres horas con usted sobre tantas cosas que dejamos inconclusas (el Guadarrama en el otro lado de la ventana). [...] Ahora que sus niños van siendo mayores, escápese a menudo del paraíso de la familia y escriba en Cercedilla o donde sea, como cuando no tenía sino esperanzas (y no olvide mandarme el libro cuando salga). (CORR, 53 [04.03.1966])

En sus cartas el aragonés no deja de encomiar los trabajos de Laforet, tanto las novelas como los relatos de breve extensión. Sobre *La isla y los demonios*, acaso la obra menos grata a la autora misma, opina que se trata de un texto “excelente[, ...] una novela muy difícil y sin embargo muy lograda”; de *La Mujer Nueva*, que para Laforet “falta de objetividad y perspectiva”, que es el “mejor libro” escrito por ella, lleno de “verdadero sentido religioso”; del breve cuento *La Muerta*, que provocó tanta conmoción en la clase en la que lo leyó, que “algunas chicas tenían lágrimas en los ojos”²³. Conforme va familiarizándose con la escritura de Laforet, a la que en los

²⁰ Es emblemática de la severidad hacia su propia producción que siempre marcó la vida y la obra de Laforet la respuesta que la autora proporcionó a un periodista encargado de entrevistarla para la revista *La Estafeta Literaria* sobre la reciente publicación de *Nada*:

- ¿Y por qué ese título?
- Porque a mí me parece nada, porque lo que escribía era nada. (texto originalmente publicado en septiembre de 1945 y recogido en Caballé-Rolón, 2010: 206)

²¹ Debido a que en la misma carta Laforet comunica haber enviado “un tomo con varios libros míos y otro que no está incluido en el tomo” (CORR, 40), supone Rolón Barada que se trate del volumen misceláneo *Novelas*, publicado en 1957 por Planeta con la obra completa de la escritora, y de *La insolación*, cuya primera edición había salido en 1963 por la misma editorial.

²² Las citas van tomadas respectivamente de CORR, 43, 112 y 92 [19.01.1966; 25.11.1968; 08.01.1967].

²³ Las citas van tomadas respectivamente de CORR 54, 57, 60, 104 y 79 [05.04.1966; 15.04.1966; 06.05.1966; 02.04.1967; 08.11.1966]. *La isla y los demonios* fue publicado por Destino en 1952, tras una larga gestación en la que, según se lee en Caballé-Rolón (2010), Laforet luchó con la tentación punzante

primeros meses de correspondencia solicita regularmente que le envíe trabajos suyos, escribe:

La admiro más cada día. Le decía el otro día a José Luis Cano [...] que es usted la cosa más seria que tenemos, y él parecía estar de acuerdo. Los dos lamentamos que publique usted poco. Pero es usted muy joven, y cuando sus niños comiencen a volar solitos (al menos cuando sus niñas se casen), le quedará tiempo y atención ‘extra’ para entregarse de lleno a su maravillosa tarea. Dice que a veces le decepciona alguna de sus obras. Bien, siga usted decepcionándose y déjenos el entusiasmo a nosotros. (CORR, 79 [08.11.1966] [subrayado en el original])²⁴

Robe tiempo al tiempo y escóndase, y siga trabajando en lo verdaderamente suyo, en lo que nadie puede hacer sino usted. Tiene un gran talento que no es ya propiedad suya, sino de todos nosotros que la leemos. No crea usted que soy fácil en los elogios. Esto que le digo a usted no se lo he dicho nunca a nadie, ni dentro ni fuera de España. A Hemingway le dije que era... bueno, le dije cosas muy diferentes [...]. (CORR, 94 [24.01.1967])

El mérito sobresaliente de Laforet es, según el juicio de Sender, haber sido capaz de entregar a las letras hispánicas – y a la literatura en general – una voz exquisita y sinceramente femenina, en un panorama en que las mujeres escritoras tienden a imitar el tono de los hombres, acaso para sentirse investida de la misma autoridad y acaban convirtiéndose en ‘feministas con barbas’. En la visión de Sender, la sensibilidad de Laforet supone una revolución literaria, ya que rompe el hecho de que en la historia de la novela el filtro preferente para la descripción del mundo siempre haya presentado matices estructuralmente masculinos, aun cuando la ficción iba escrita por el puño de una mujer. Para su eminente lector, Laforet es la primera escritora dotada de una “disposición moral” que permite calificar a su literatura de ‘grande’ y femenina a la vez, perfectamente cumplida desde el punto de vista formal y conceptual, y por fin expresión del ingenio de la mujer (CORR, 95 [24.01.1967]):

Lo bueno de usted, es que escribe como mujer mejor que nosotros (mucho mejor) cuando escribe sobre mujeres, y con una bondad de madre o de hermana o de novia cuando habla de hombres. Es encantador eso. Y [...] es la primera mujer que escribe sin tratar de imitarnos ni de

de deshacerse del manuscrito sin publicarlo, mientras que *La Mujer Nueva*, donde relata su toma de conciencia religiosa, salió por la misma editorial en 1955. *La Muerta*, en cambio, es el cuento que da el título a una colección imprimida por la editorial Rumbos en 1952.

²⁴ Significativamente, José Luis Cano era el fundador y, por aquel entonces, director de la revista española *Ínsula*, publicación dedicada a las letras y ciencias humanas “donde se refugiaba gente muy diversa, del exilio exterior e interior. Un espacio abierto a todo el mundo donde a nadie se preguntaba ni se pregunta de dónde viene y cómo piensa” (comentario de Víctor García de la Concha, recogido en Rivas, 2011). El encuentro con Sender se coloca en el marco de uno de los varios viajes que Cano emprendió rumbo a América para mantener contactos con los escritores españoles que contribuían a *Ínsula* desde el destierro.

disfrazarse de ‘gran hombre’, que es lo que suelen hacer por ahí (Simone de Beauvoir y otros excesos). (CORR, 63 [27.05.1966])²⁵

Convencido de encontrarse ante una perspectiva literaria y un lenguaje innovadores e impactantes, Sender insiste en que Laforet consagre su talento a la novela y no se deje distraer por los numerosos reportajes, artículos y crónicas que, con la creatividad cada vez más anonadada y los nervios gastados, va escribiendo con tal de conseguir ingresos inmediatos, “[e]conómicamente [...] necesario[s] para la vida que hemos montado de estudios a los hijos [y] casa de verano [...]” (CORR, 66 [18.06.1966])²⁶. El escritor aguarda con especial expectación el segundo tomo de la trilogía que Laforet tiene planteada a partir de *La insolación* (1963) y que, según informa la autora, hace y deshace día a día, cada vez más perdida en “el gran problema español: organizarme para escribir” (CORR, 84 [26.12.1966])²⁷. No obstante, es sobre todo a partir de la descripción de un nuevo proyecto narrativo delineado a grandes rasgos cuando la curiosidad y la excitación intelectual del aragonés resultan especialmente cosquilleadas. Se trata de una idea todavía borrosa para una nueva novela a la que Laforet piensa dedicarse una vez acabada la trilogía y que va a tratar de

²⁵ Sender se muestra particularmente interesado en la indulgencia con la que Laforet, según su percepción, trata a los personajes masculinos de sus obras, mientras que se muestra netamente más implacable con los femeninos: “siempre encuentra algún pretexto para justificar a los hombres. Por una razón u otra [en su literatura] los hombres somos mejores que las mujeres (eso quiere decir que es usted terriblemente femenina, lo que está muy bien, claro)” (CORR, 43 [19.01.1966]). “¿Quieres tú creer que a mí me pasa lo mismo – al revés – con las mujeres? Siempre les encuentro alguna disculpa. ¡Y mira que algunas son difíciles!” (CORR, 143 [14.07.1971]).

²⁶ Sobre la actividad reportera de Laforet, el aragonés comenta sobre todo en dos cartas, expresando en cada ocasión el temor a que los trabajos utilitarios arrebatan tiempo a la excelencia de la escritora, que se manifiesta sin duda en la novela y que, al no ser ejercida, resulta desperdiciada. En la primera misiva escribe Sender “[t]emo que anda usted buscando el lado perezoso del oficio (crónicas, conferencias, etc). No le ecurra el bulto a la novela, porque ahí es donde hace usted maravillas. Claro es que le cuesta trabajo, pero es importante para todos, especialmente para los lectores que esperamos libros nuevos de usted”. En la segunda advierte que la escritura breve puede ser engañosa respecto a la percepción que un escritor tiene de su propia productividad: “[e]stá bien eso de las colaboraciones de prensa pero tienen un peligro, y es que dan la impresión de que con ellas ‘ha hecho uno ya su tarea’ y nos queda la tendencia a dejar lo otro (lo importante) en segundo término. Eso sería un crimen con usted” (CORR, 74 y 101 respectivamente [23.08.1966; 02.1967]).

²⁷ Pese a que en una carta fechada 10 de febrero de 1967 Laforet comenta que “la trilogía está tan hecha... solo necesito escribirla” (CORR, 96-7 [subrayado en el original]), sabemos por su biografía que las dos novelas que iban a cerrar el ciclo titulado *Tres pasos fuera del tiempo* nunca vieron la luz. Acerca del incesante proceso de elaboración del segundo volumen escribe Agustín Cerezales, hijo de la autora, que “lo estuvo trabajando durante [varios] años, mucho, y duramente. [...] Un buen día [...] consideró que ya había terminado, mandó el libro a su editor, recibió de vuelta las galeradas, se puso a corregirlas... y ahí acabó todo. Ni devolvió las pruebas de imprenta, ni quiso ya nunca publicar el libro” (Cerezales, 2001). La novela que Laforet abandonó sin corregir fue publicada por Destino en 2004 – el mismo año en que la autora falleció – por voluntad de los hijos, con título *Al volver la esquina*; la tercera, que iba a tener el título de *Jaque mate*, quedó parada siendo todavía poco más que un conjunto de anotaciones sueltas.

un mundo que no se conoce más que por fuera porque no ha encontrado su lenguaje... El mundo del Gineceo. (Que no es el de la célebre frase de Platón en *El Banquete* ¿verdad? ‘Tenemos a las mujeres del gineceo para la casa y los hijos...’) En verdad, es el mundo que domina secretamente la vida. Secretamente. Instintivamente la mujer se adapta y organiza unas leyes inflexibles, hipócritas en muchas situaciones para un dominio terrible... Las pobres escritoras no hemos contado nunca la verdad, aunque queramos. La literatura la inventó el varón y seguimos empleando el mismo enfoque para las cosas. Yo quisiera intentar una traición para dar algo de este secreto, para que poco a poco vaya dejando de existir esa fuerza de dominio, y hombres y mujeres nos entendamos mejor, sin sometimientos, ni aparentes ni reales, de unos a otros... tiene que llover mucho para eso. Pero, ¿verdad que está usted de acuerdo, en que lo verdaderamente femenino en la situación humana las mujeres no lo hemos dicho, y cuando lo hemos intentado ha sido con lenguaje prestado, que resultaba falso por muy sinceras que quisiéramos ser? (CORR, 97 [10.02.1967] [subrayado en el original])

En el borrador todavía embrional que Laforet desentraña para explicarlo a su amigo se impone con evidencia la imagen de la mujer oprimida y amordazada como sujeto literario e intelectual, con un potencial constantemente ahogado a lo largo de la historia de las letras. Es un sentir – el de la escritora – que va evidentemente conectado con la jaula social que sobre todo desde la posguerra sofoca en España la libre expresión femenina reduciendo sus declinaciones a una interpretación ‘platónica’ de su rol, limitado al hogar y a la crianza²⁸. No obstante, mucho más allá de la contingencia, con su trabajo la autora se plantea no pronunciar una crítica social – nunca estuvo directamente interesada en ello–, sino más bien practicar una suerte de parricidio, de distanciamiento y emancipación del ‘peso’ del hombre en lo que atañe tanto al imaginario literario como al aspecto eminentemente verbal. Es significativo que Laforet, normalmente poco incline a destacar fragmentos de su escritura, subraye en la carta la palabra ‘traición’ y recurra repetidamente a la semántica del encubrimiento, del secreto para dejar claro que el mundo femenino tal y como ella lo percibe es a la vez vibrante y sofocado, con lo cual solo puede salir de la oscuridad si acepta contarse a sí misma con un lenguaje propio y rompe las convenciones formales que lo atan a una absurda e ineficaz imitación histriónica del enfoque masculino. Víctima de la voz dominante del hombre y, a su vez, culpable de la aceptación sumisa de reglas impuestas que la obligan a esconder su verdadera naturaleza, la mujer precisa volver a equilibrar el juego de fuerzas entre los dos sexos apoderándose de la autoridad que en principio le compete para hablar de sí misma y del mundo que la rodea. Aunque la crítica haya en ocasiones hablado del supuesto ‘feminismo’ de Laforet²⁹, es significativo destacar que el discurso de la escritora tiene como finalidad

²⁸ Nótese que en *Usos amorosos de la postguerra española* Carmen Martín Gaité definía *Nada* como “la antítesis de lo ‘rosa’” (1987: 149), confiriendo a Laforet un rol prominente en la afirmación de un nuevo espacio para la mujer dentro del panorama socio-cultural llano y soso de los Cuarenta, en que una porción consistente de la literatura se dedicaba a propagar los modelos de hija, esposa y madre confeccionados por la Sección Femenina.

²⁹ Entre otros, lo hacen Rolón Barada en su aparato crítico del epistolario (CORR, 97) y Roberta Johnson, estudiosa de Carmen Laforet, en un artículo titulado “La novelística feminista de Carmen Laforet y el género negro” (2006).

no el enfrentamiento con el hombre – que en el fragmento nunca llega a adquirir una connotación directamente opresora o castradora –, sino más bien un encuentro que requiere que la mujer asuma un papel de sujeto activo y dignificado. Como es de esperar, el comentario de Sender es extremadamente entusiasta y animador:

Eso que me dice de escribir desde y sobre el Gineceo es terriblemente ambicioso y realmente no se ha hecho nunca, porque hasta nuestra querida Teresa de Jesús, cuando escribe sus *Confesiones* y sus *Moradas*, lo hace pensando en sus confesores (varones), a quienes hay que obedecer y contentar. [...] Lo que usted se propone ha comenzado ya a hacerlo (como nadie) en sus novelas, donde por vez primera en España una mujer habla como mujer en un nivel que ya quisieran alcanzar muchos hombres. [...] Adelante, pues, y estoy seguro de que esa será su obra cumbre. Pero hay que ser muy valiente. Usted puede serlo, porque tiene, como le he dicho ya mil veces, mucho talento. Nadie más que usted puede atreverse a eso. Hay otras mujeres escritoras en España ahora, pero las dos que he leído (un poco) siguen la vieja tradición. Una quiere ser un ‘gran hombre’ y toma nuestros manierismos. La otra quiere ser muy mujer, según la estampa de los calendarios [...]. Tonterías. ¿Por qué no se atreven a decirlo todo como nos atrevemos los hombres, si lo que ustedes pueden decir – cuando pueden realmente – es más interesante que lo nuestro, aunque sea solo por la novedad, ya que no han dicho nada todavía antes de usted? (CORR, 99-100 [02.1967] [subrayado en el original])

Las palabras de aliento del aragonés, siempre interesado en las evoluciones y progresos del trabajo de su corresponsal, no llegan a influir positivamente en la apatía creativa de Laforet, que acusa en sus cartas una creciente dificultad de concentración y una indolencia ya casi patológica hacia la faceta intelectual de su vida, hasta el punto que a menudo descuida de la correspondencia y contesta con un marcado retraso. Así, mientras la producción de Sender sigue engrosándose con nuevos títulos y ediciones españolas de trabajos publicados con anterioridad fuera la península, la escritora se mueve continuamente de un lugar a otro, escapándose del atasco psíquico y emotivo que le provoca la necesidad de combinar la escritura con su situación familiar³⁰. Pese a esto, conforme pasan los años la correspondencia se fortalece, evolucionando en una relación de confianza y mutuo soporte, de la que ambos autores parecen advertir la necesidad como forma de escape cada uno de los avatares de su vida diaria – graves o de reducida entidad. Sender define a Laforet como “la única persona española a quien admiro y quiero y respeto”, “la única relación que cultivó con colegas de ahí”³¹, mientras que la escritora expresa gratitud por la confianza incondicional que Sender

³⁰ Además de las ya mencionadas, de entre las numerosas obras de Sender que se publicaron a finales de los Sesenta el autor comenta a Laforet *Tres novelas teresianas* (1967), *Ensayo sobre el infringimiento cristiano* (1967) y *Las criaturas saturnianas* (1968), junto a las ediciones españolas de *El bandido adolescente* (de la que lamenta las numerosísimas erratas) y *Jubileo en Zócalo*. Por su parte, según se reconstruye en Caballé-Barada (2010), en agosto de 1967 la autora sale de Madrid para un viaje de un mes a Polonia y, al volver, abandona de manera definitiva – aunque todavía no oficialmente – el oprimente domicilio conyugal para pasar largas temporadas en Cercedilla o en la casa de alguna que otra amiga, en una incesante y frenética obra de distracción de sí misma que hace que Sender constate: “veo que sigue usted escapando del problema hermoso y grande – la gran novela de la que me hablaba” (CORR, 105 [07.08.1967]).

³¹ Respectivamente, CORR, 111 y 74 [18.09.1968; 28.08.1966]).

parece brindar a sus dotes literarias y, sobre todo, por los libros que este le envía, cuya lectura ocasiona baches de alegría en una existencia si no gris y angustiada.

Desde las primeras cartas, intercambiadas con el recuerdo de la charla en Los Ángeles todavía vivo en la memoria de ambos, irrumpe en medio de los comentarios literarios un tema tan delicado como natural entre conterráneos, es decir el del regreso del sujeto exiliado a la patria de la que en su tiempo se alejó. Remarcando su firme voluntad de permanecer ajena a las discusiones de carácter político – “yo de persona política no tengo ni un pelo”, escribe el 10.02.1967 (CORR, 98) –, Laforet insiste en que Sender debería volver por el simple hecho de tener derecho a pisar un suelo que le pertenece, pues “España es horrenda, pero muy nuestra” (CORR, 71 [25.07.1966]). Anclada en su percepción de Madrid como una ciudad esperpéntica víctima del crecimiento desmesurado y de la contaminación, sin utilizar ni en una ocasión las palabras ‘propaganda’ o ‘dictadura’, Laforet advierte a Sender de que, si volviera, encontraría una España “país demonio”, que con sus ritmos sosegados, hipocresía y mala educación aniquila a sus ciudadanos, a ella en primer lugar³²:

Lo general es que hay una masa totalmente aborregada que cree todo y además inventa lo que cree. Este tiempo nuestro de TV es terrible. Con tanta información como tenemos sobre todo, resulta que no sabemos nada. Absolutamente nada de nada. (CORR, 86 [26.12.1966])

Para Sender, España es un país soñado, anhelado y, a la vez, rehuido con recelo. El aragonés ansía la vuelta – sobre todo a su comarca – con la fuerza del recuerdo, la misma de quien, separado de su enamorada, permanece fiel a una imagen ideal y cristalizada:

Pocos españoles ‘de dentro’ a mi edad tendrán un amor por su tierra tan fresco y juvenil como el mío. Algo bueno tiene que tener el destierro. (CORR, 73 [28.08.1966])³³

³² La cita va tomada de CORR, 56 [15.04.1966]. Parece significativo subrayar que la imagen de la deformación exterior de Madrid como espejo de la corrupción moral de la masa enajenada que actúa y se encuentra en su interior presenta notables parecidos – con toda probabilidad involuntarios – con el gusto por lo monstruoso que se encuentra en varias obras senderianas (para un análisis pormenorizado, véase Ressayre, 2003).

³³ El mismo concepto aparecía en el artículo “El puente imposible” que Sender escribió a modo de respuesta al grupo de intelectuales ‘del interior’ vinculados con la revista *Ínsula*, quienes planteaban la edificación compartida y simbólica de un puente ideal que conectara los escritores de la península con los desterrados: “La diferencia entre ellos y nosotros está en que nosotros conservamos nuestra patria entera y viva en nuestra memoria y en nuestra esperanza. [...] Nuestra patria está viva y entera en nosotros. Nosotros amamos a España. [...] Amamos la España territorial con su pueblo y su estado llano y es más nuestra que de ellos, porque nos la hemos ganado con la sangre, con la esperanza, con el recuerdo y con esta renuncia a ella por el amor que da sentido a nuestros actos [...]” (Sender, 1954: 70-1). Acerca de la emoción que le supondría el regreso, Sender comenta irónico “tengo miedo de ir a España, porque voy a conmovirme como una vieja sentimental, y para disimularlo tendré que pelear con alguien (policía de fronteras, quizás)” (CORR, 46 [02.02.1966]).

Yo quiero ir a España – a una aldea de Aragón – y dormir tres semanas, día y noche, hasta hartarme. Desde que salí de España no he dormido bien una sola noche. (CORR, 46 [02.02.1966])

No obstante, manifiesta alrededor de su retorno sentimientos contrastantes, manteniendo como único punto firme que no cruzará la frontera española hasta que el que llama ‘cesarito’ permanezca ‘en el foro’. Contrariamente a lo que sugiere Laforet, Sender explica que el regreso es una cuestión compleja, que no va conectada solamente con la esfera personal (ya de por sí bastante delicada de remover, debido a que volver reverdecería el recuerdo de los percances sufridos durante la Guerra Civil). Lo que el escritor más teme a la hora de tomar su decisión es el juicio de la comunidad de los exiliados, para la que el regreso nunca es una iniciativa personal, sino que se configura más bien como un verdadero acto político. Sender sabe que una vuelta a España conservando Franco todavía el mando le costaría la condena definitiva por parte de los mismos desterrados – la mayoría – que le reprochan la falta de una postura política definida, lo cual no haría sino recrudecer la ya aludida ‘muerte civil’ que tanto le angustia en su estancia norteamericana:

Yo iría, pero mientras no haya algún cambio mínimo de forma que justifique mi decisión (digo, en las cosas interiores de España), no iré. Decepcionaría a mucha gente sencilla que en el exilio mira lo que uno hace y lo interpreta de un modo excesivo. Por otra parte, la verdad, estar ahí representa (para mí) aceptar cosas del pasado que uno rechaza radicalmente. No creo de ningún modo que haya que tomar represalias ni venganzas, pero sí mantener el decoro de una persona herida injustamente y gravemente. (CORR, 76 [26.09.1966])

Aun así, de año en año Sender relata a Laforet varios planes de viajes veraniegos a Europa, siempre con la esperanza de llegar a rozar su país. En 1966 se plantea una visita a la localidad de Pau, en la zona pirenaica francesa, “como un turista más” y sin comunicar “a mis innumerables parientes que estoy allí, para que no vengan, como pasó la última vez (hace dos años)”³⁴. El autor incluso llega a sugerir a Laforet la posibilidad de coincidir en el territorio francés, dejando claro, a modo de advertencia, que en su estancia “no habrá la menor implicación directa ni indirecta de orden político” (CORR, 64 [27.05.1966]); ella, siempre atenta a remarcar las distancias con la delicadeza que la caracteriza, no rechaza directamente la propuesta, pero manifiesta la imposibilidad de hacer planes concretos, pues necesitará el verano para trabajar³⁵. En

³⁴ Las citas van tomadas, respectivamente, de CORR, 44 y 64 ([29.01.1966; 27.05.1966]). Aunque la indicación temporal proporcionada por el autor no coincide, probablemente Sender hace referencia al viaje que emprendió entre octubre y diciembre de 1962 y que, según apunta Vived Mairal (2002: 502-3), le llevó a Pau entre otras metas en Francia y Gran Bretaña (Vived Mairal no registra más visitas de Sender a Europa entre 1962 y la fecha que aparece en la carta a Laforet). A propósito de su última estancia en Pau escribe Sender que “[a]quello parecía una peregrinación a la Meca (yo, los restos de Mahoma, claro)” (CORR, 64).

³⁵ Nótese que en numerosas ocasiones, al contestar a las ofertas de encuentro de Sender, Laforet no deja de mencionar a su familia, como si quisiera eliminar cualquier riesgo de malentendido sentimental con su corresponsal escudándose en su estatus de madre de familia y esposa: “[m]i deseo de verle es

1967, desilusionado por el fracaso de cambios políticos que creía inminentes³⁶ y siempre temeroso del juicio del ambiente cultural ‘de afuera’, rechaza la oferta de la Universidad de Salamanca para su participación al simposio estivo anual de novelistas españoles al que Laforet también va a acudir, agregando como motivación que “tengo que dar algunas conferencias aquí los días 18 y 19 y [...] para llegar a Salamanca a tiempo iba a ser todo demasiado precipitado” (CORR, 106 [07.08.1967]). Pese a empeñarse en subrayar que no le importa, también comunica a la escritora que tiene noticia de que “aunque el gobierno toma una actitud tolerante, hay grupos de incontrolados [...] que se dedican a molestar a los viejos enemigos como yo” (CORR, 106 [07.08.1967]), un dato significativo alrededor del ambiente social con el cual en aquella época se enfrentaría un exiliado de regreso a España. Una vez más, en un eterno y desconsolado aplazamiento que mucho recuerda el sentimiento descrito en *Las bicicletas son para el verano* de Fernando Fernán Gómez, Sender asegura a Laforet que hará lo posible para viajar el año siguiente. En efecto, invitado para los cursos de verano de la Universidad de Santander y la Universidad de Salamanca, en 1968 llega a poner en marcha los trámites burocráticos para organizar su viaje con la embajada de Washington; no obstante, conforme cuenta a Laforet, el gobierno de Madrid le deniega el visado político requerido para todos los emigrados del ’39:

Soy todavía sospechoso, según parece. [...] Iré en la primavera del año próximo sin pedir permiso a nadie, puesto que no iré con propósitos de hablar en público sino como un turista más. [...] La verdad es que solo pueden prohibirme entrar en España por alguna clase de recelo (de miedo). Eso de que me tengan miedo me rejuvenece un poco, la verdad. (CORR, 109-10 [18.09.1968])

[R]ealmente, si yo fuera el dictador de España y un tío escribiera sobre mí lo que yo he escrito sobre el pequeño César, no lo dejaría entrar. Y si lo dejaba sería para darle algún disgusto. (CORR, 112 [26.11.1968])

El regreso tampoco llega a producirse ni en 1969 ni al año siguiente, y junto a ello no se realiza el reencuentro con Laforet que Sender evoca casi en cada carta, en forma de

muy grande. Mi amistad, mi admiración, mi gratitud por usted yo creo que no los sabe, porque no se los he demostrado aún, pero son muy ciertos. Tanto mi marido como mis hijos estarían encantadísimos de acompañarme en una visita así. Y sería muy buena. Muy provechosa. Estupenda visita. Pero no sé si puedo” (CORR, 66 [18.06.1966]).

³⁶ Según recoge Vived Mairal (2002), Sender confiaba notablemente en que los acontecimientos internos de 1966 desencadenaran una rápida evolución del régimen, favorable a un acercamiento a España de los exiliados. Se trataba de pequeñas chispas de oposición al franquismo que la dictadura sofocó con duras represalias policiales (en particular la fundación del primer sindicato libre de estudiantes en el convento de los Capuchinos de Sarriá, en Barcelona; la sucesiva manifestación de clérigos solidarios por la Vía Layetana; la protesta de los intelectuales en Baeza frente a la prohibición gubernamental de celebrar un homenaje a Antonio Machado, ver Vived Mairal, 2002: 527). En una carta fechada 02.04.1967 Sender comenta con amargura “[t]odos queríamos que la evolución hacia tiempos y formas democráticos se hiciera de una manera más sistemática, sostenida y abierta. Si no hay una oposición legal con cuyos jefes dialogar y entenderse, ¿cómo va a haber evolución?” (CORR, 104).

deseo más o menos posible de concretar según las circunstancias. Tal es la frustración del escritor por el malogro de la danza sentimental que repetidamente le acerca a España para luego apartarle, que en una carta fechada 29.08.1970 escribe:

Confieso que casi me cuesta trabajo escribir a los pocos amigos verdaderos que tengo en España: de tal modo estoy decepcionado por la marcha de las cosas. A veces pienso que no volveré ya nunca ahí. Y lo peor es que comienza a no importarme. Pero me duele. (CORR, 119)

La respuesta de Laforet llega a los pocos días y no sorprende solamente por el corto plazo en que se produce, circunstancia ya muy poco frecuente a estas alturas de la indolencia psicológica de la autora. El elemento sobresaliente es el vuelco de tono que se nota en la escritura de ella, de repente más cercana, cálida y vibrante, ajena al formalismo epistolar y sinceramente íntima, como si la negatividad y el control oprimente manifestados hasta ese momento hubieran desaparecido de golpe. Yendo más allá del tuteo recién estrenado por Sender, Laforet abre su carta con un enfático “[q]uerido amigo, queridísimo amigo Sender” que repite en varios puntos del texto y que se traduce – además de en manifestaciones de cariño que, pese a mantenerse contenidas, no tienen precedentes en el epistolario – en el ofrecimiento de ayuda para aliviar la ‘angustia sin motivo’ y el asma ‘psicosomático’ de los que el escritor se quejaba en su última misiva. Laforet comunica que a partir de ese momento tendrá menos vínculos, lo que según espera volverá a abrirle las puertas de la escritura y de la libre expresión intelectual. No obstante, se niega a definir con precisión el origen de su destape psíquico, del que no quiere escribir sino solamente hablar:

Ahora tendré más libertad para moverme que durante los últimos veinticuatro años. Y también creo que más libertad de espíritu. Y también creo que podré trabajar... Aunque yo piense que mi trabajo valga nada. Pero sé que si recupero mi paz espiritual podré escribir muchas cosas y disfrutar mucho más de la vida. Si vienes a Europa y hablamos te contaré por qué. [...] Sender, amigo mío, yo no quiero hablarte de mí porque precisamente de eso no debo hablar. Solo te diré cuando de nuevo vuelva a poder escribir, después de estos últimos años terribles en mi vida interior. [...] C]reo que todo será para bien. Y creo que así, cuando yo sea más yo, podré [...] d]ecirte más simplemente, más expresivamente las cosas que pienso. Escribirte cuando lo desees y necesites. (CORR, 122 [29.08.1970])

Por la biografía de Laforet (Caballé-Barada, 2010: 391-417) sabemos que el verano de 1970 coincide con la separación definitiva de Manuel Cerezales, es decir con la conclusión de una unión familiar a la que la escritora atribuye una responsabilidad crucial en lo que atañe a su persistente sensación de agobio³⁷. Intrigado por las palabras de Laforet y totalmente ajeno a los problemas conyugales de la escritora, en

³⁷ Señalamos, sin poder determinar en qué medida esto influyó en la resistencia de Laforet a hablar de su separación en el intercambio epistolar con Sender, que al abandonar la escritora el domicilio familiar Manuel Cerezales concedió la separación a condición de que ella “firmara un documento privado ante el notario en el que se comprometía a no escribir nada que tuviera relación con los veinticuatro años de vida conyugal” (Caballé-Barada, 2010: 398).

un primer momento Sender se pregunta si los ‘cambios’ a los que su corresponsal alude son literarios, políticos o religiosos, hasta que al enterarse de la conclusión del matrimonio de su compañera reacciona con desencanto, subrayando que le provoca tristeza pensar que “la impresión que me daba tu familia era falsa [...]. ¿Es que no va a haber nada de veras idílico en el mundo? (CORR, 128 [24.11.1970]). En efecto, en numerosos puntos del epistolario Sender expresa una tierna admiración por la familia de Laforet, al parecer risueña y unida por sólidos vínculos afectivos, frente a la suya propia, desparramada y caracterizada por los conflictos internos:

Envidio a su marido que puede gozar de tantas voluptuosidades paternas. (Hay esas legítimas dulzuras que yo he perdido, porque mis hijos son ya grandes, y que tal vez son lo mejor de la vida. (CORR, 102 [02.1967])

Supongo que tus hijos te adoran. Feliz tú. Los míos me toleran. Ellos creen que me quieren mucho, pero lo único que percibo yo es su tolerancia distante. (CORR, 137-38 [29.12.1970])³⁸

A partir de este momento, el intercambio entre los dos escritores tiende a emanciparse del tema literario – siempre presente, aunque menos practicado y no ya dominante – y entra de manera profunda en la esfera personal de cada uno de los sujetos involucrados, rozando una dimensión que incluso podría definirse sentimental.

Apoyándose en teorías psicológicas que describe como en voga en Estados Unidos, Sender interpreta la separación de Laforet como la consecuencia de un desajuste entre el masoquismo de ella – natural en las mujeres – y el sadismo intrínseco de su marido:

¿Por qué no me dices más sobre vuestra desavenencia? Tal vez no hay nada irremediable y se trata solo de un poco de sadismo moral en Manolo (natural en el hombre) y de tu resistencia al masoquismo (natural también en la mayor parte de las mujeres. Tú no eres ya ese tipo de hembrita a quien le gusta ser maltratada de vez en cuando. Los psiquiatras dicen que un poco de sadismo en nosotros y masoquismo en vosotras es natural y saludable. Pero es verdad que tú no eres una mujer del montón y que hay que tratarte de otra manera. (CORR, 129 [24.11.1970])

Luego, comentando la soledad por la que, según cree, pasará Laforet a raíz de su nueva condición, Sender avanza la idea de que “[s]i estuviéramos juntos sería más fácil” (CORR, 128 [24.11.1970]), alegando que “yo no sé estar solo. Es decir, solo con una mujer a quien quiero, sí. Pero no tengo ninguna. Tengo tres sustitutivos: mi ‘ex’ y otras dos amigas” (CORR, 136 [29.12.1970]). Con el asma acosándole cada día más y una ansiedad que le impone tomar tranquilizadores, Sender muestra agobio y rechazo

³⁸ En realidad, ya en las primeras cartas de Laforet pueden detectarse sutiles indicios que apuntan a sugerir que la felicidad de la familia Cereales era más bien pesada máscara. En efecto, además de puntualizar sin ironía que “lo mejor de mi casa son las sirvientas”, Laforet incluso define “mentira” una fotografía tomada para un reportaje periodístico que adjunta a su correspondencia, en la que ella aparece sujetando una guitarra que en realidad no sabe tocar, rodeada por sus cinco hijos (respectivamente, CORR, 62 y 56 [06.05.1966; 15.04.1966]).

por el avanzar imparable de la senectud, que lo inhibe en su vida social y lo obliga a limitar sus compromisos profesionales:

Es malo entrar en la vejez, querida Carmen. Tiene uno que tomar cápsulas y tabletas para respirar y luego se pone nervioso, le tiemblan a uno las manos y las ideas sombrías vienen y van, de día y de noche, sin dejarle a uno verdadero sosiego interior. No es que tenga miedo. Pero mi falta de miedo no hace mejores las cosas, tú comprendes. (CORR, 161 [06.11.1971])³⁹

En este marco se sitúa por parte de Sender un intento de aproximación a su interlocutora del que transparenta una voluntad de afirmar su espíritu juvenil y sus dotes amorosas, como si estuviera escribiendo a una enamorada a la que quiere ruborizar con referencias maliciosas o provocar celos mencionando a otras mujeres. El 29.12.1970 escribe:

Mi único timbre de gloria es que todas las mujeres que me han tratado (sin una sola excepción) dicen de mí maravillas y declaran que fue la mejor época de su vida la que vivieron conmigo. [...] A todas las he querido. Con todas he sido apasionado y tierno. Incluso con aquellas que no querría, porque a esas mi cuerpo les agradecía y les agradece todavía en el recuerdo de su generosidad. Siempre he creído que la mujer que se acostaba conmigo me hacía un favor. [...] Soy un santo un poco raro. (Pero UN SANTO, de veras). Un santo del género fornicatorio. Esto es lo que trae ahora a mal traer con el asma. Pero cuando me dejo ir con mi santidad, paso tres o cuatro días sin molestias y respiro como un bebé. (CORR, 138 [subrayado en el original])

Empiezan a menudear a partir de este momento invitaciones a que Laforet – que es “joven, fuerte y bonita” (CORR, 139) – vaya a visitarle a California; advertencias de que hay otras amigas españolas conocidas solamente por correo o teléfono que cruzarían a gusto el ‘charco’ para juntarse con él⁴⁰; anécdotas que desbordan en lo ‘verde’ sobre alumnas y jóvenes voluptuosas que acuden a su casa o despacho semi-desnudas a la moda hippy y despiertan instintos priápicos en el viejo profesor que se

³⁹ A principios de 1972 Sender comunica a Laforet que su médico le ha impuesto alejarse de Los Ángeles para evitar los efectos dañinos de la contaminación, lo cual supuso que, aun manteniendo contactos académicos, el escritor dejara su cargo en la University of Southern California. Sobre su vida en el nuevo domicilio de San Diego, escribe Sender que “hay días de un aburrimiento aplastante, pero es porque mis nervios cansados de drogas se ponen melancólicos y sueñan (como cuando tenía 12 años) con paraísos que no han existido nunca y que me son indispensables” (CORR, 168 [24.01.1972]).

⁴⁰ A partir del año 1972 Sender menciona repetidamente una tal Luisa Aramburu, una admiradora de su literatura con la que, al parecer, entretiene interminables llamadas costeadas por ella desde Madrid. En 1973, tras una supuesta visita de la mujer a California, Sender escribe a Laforet: “[y]o le decía a Luisa que le permitiría que se quedara aquí – cuando estuvo – a condición de que nos encerraran los dos en una de esas jaulas con anchos barrotes y un letrero para mí: ‘Homo Ibericus Vulgaris’ y otro para ella: ‘Fémina erótica intrepidísima’. Y que vinieran los chicos a echarnos cacahuets” (CORR, 198 [08.02.1973]). Sin querer identificar la historia como un embuste inventado por Sender, señalo que el nombre de la misteriosa visitante no aparece en Vived Mairal (2002), donde en cambio se menciona un muy parecido Luis Aramburo, antiguo compañero de estudios del escritor en el Instituto General y Técnico de Zaragoza.

siente “celoso, incestuoso, enamorado”⁴¹. En una carta algo crispada – la única que delate algún malhumor entre los dos corresponsales – que encabeza con un formalísimo “Sr. D. Ramón Sender”, Laforet se escabulle del ‘cariño casi paternal’ y de los abrazos ‘más angélico[s] que otra cosa, aunque no angélico[s] del todo’⁴² del escritor y deja claro que “[h]ay una serie de experiencias a mis espaldas que no me interesa buscar de nuevo” (CORR, 179-80 [08.06.1972]). Una vez remarcados los confines de su amistad con el escritor, Laforet no se exime de comentar aparentemente sin ironía los viajes a California de sus supuestas rivales⁴³ ni delata repulsión alguna por las digresiones intimistas de Sender, sino que las lee como una muestra de la fuerza vital y creadora de la que la personalidad de su interlocutor siempre dio constancia. Para Laforet, el cultivo del instinto prueba que Sender posee una capacidad rara en los que se dirigen hacia la madurez, es decir la de ‘crecer hacia la juventud’, de elaborar, experimentar y descubrir con el espíritu de la adolescencia aun superada la que el aragonés define ‘edad corriente’⁴⁴. En la opinión de Laforet, la pulsión sexual tiene para Sender una capacidad alteradora y una influencia anímica comparable con lo que son para ella las preocupaciones familiares, con lo cual lo más normal es que los dos temas se profundicen y discutan en un intercambio que es “de muy distinta idiosincrasia respecto a los amores y amoríos” (CORR, 209 [11.09.1973]).

Aun así, la referencia a las visitas frecuentes de Florence Hall y de otras amantes sin nombre no sirven solamente para corroborar el halo de mujeriego del que Sender quiso dotarse – concienciadamente o no – a lo largo de los últimos años de su vida. Poniendo sus sentimientos al desnudo ante Laforet y deseando sinceramente un trato más cercano con la escritora, el aragonés delata una soledad que adquiere los tintes de un arraigado *horror vacui*, propio del desterrado que aun tras décadas de permanencia

⁴¹ En CORR, 216 [06.11.1973]. A modo de ejemplo, véase la siguiente anécdota, por la que Sender incluso se disculpa por escribir de “manera indecentemente confianzuda e intimista”: “En la cena de los profesores de mi departamento [...] tuve a mi izquierda una niña [...] que es la obra maestra de Dios desde el comienzo de la creación. Yo cuando la veía en los pasillos le decía: ‘Hola muñequita mía’. Y ella, mirándome diagonalmente y bajando la voz, me decía con los hojos dormiditos: ‘Hola muñecón’. [...] E]n la comida de los profesores estuve diciéndole las cosas más bárbaras y delicadamente incendiarias que se pueden decir a una mujer y ella me respondía en el mismo tono (era un milagro). Me ha prometido venir a verme, y, si viene, no volverá a saber nunca nadie nada más de mí” (CORR, 205-6 [07.04.1973]).

⁴² Se trata de formas de despedida utilizadas en dos cartas distintas. Señalo que en varios puntos del epistolario Sender compagina las ya mencionadas alusiones sentimentales con referencias a sí mismo como una figura potencialmente paternal para Laforet (un “padre ‘honoris causa’” escribe en CORR, 218 [06.11.1973]) tanto por la edad como por la experiencia literaria, fabricándose una imagen híbrida de padre y amante que, bien mirado, coincide con el marco sentimental dentro del que se colocan varias de las aventuras amorosas del último Sender.

⁴³ Sobre la llegada de Luisa Aramburu a Norteamérica escribe “[d]ale recuerdos míos cuando venga el caso, le tengo afecto sin conocerla por lo que me dices de ella” (CORR, 202 [18.03.1973]).

⁴⁴ ‘Edad corriente’ es un sintagma frecuente en las misivas de Sender, quien lo utiliza para indicar esa etapa de la madurez en la que los fervores y aspavientos de la juventud ya no están presentes, pero al mismo tiempo todavía no se perfila al horizonte la sombra de la vejez y del inevitable miedo al desgaste mortífero del cuerpo y del intelecto.

en el territorio de acogida no está integrado en el medio ambiente en que se aloja y no consigue entretejer relaciones satisfactorias, por lo cual acaba añorando continuamente la tierra de la que se alejó. De Estados Unidos lamenta Sender la deshumanización hija del progreso fulmíneo, que hace que los hombres actúen como autómatas, entibiando y allanando todos los sentimientos y pasiones que en cambio en España se gozan con plenitud, empezando por el amor y la amistad. El aragonés describe como ‘fatigante’ no poder expresarse sino en momentos dados en su ‘idioma mental’, a la vez que subraya que dar clases le otorga una dimensión social que no podría disfrutar fuera de la universidad, debido a la mecanicidad formal que reglamenta las relaciones interpersonales en Norteamérica. En una de las últimas cartas recogidas en el epistolario escribe a Laforet:

Desde que salí de Francia en 1939, he estado en un limbo, y estoy tan aburrido de la soledad y de las cosas a contrapelo y de las ineptias que me rodean, y de la falta de sabor de los amores que se usan (muy fáciles, pero bastante insípidos), que estoy tentado de dejar el país y marchar a España, aunque sea cambiar el limbo por el infierno, al menos en el infierno se llora o se ríe, se arriesga algo y se puede vivir o morir como Dios manda. (CORR, 240 [20.06.1975])

Qué bueno sería que estuvieras tú por aquí – cerca de mí. Porque a veces me siento tan perdido en cuanto a relaciones humanas que me daría con la cabeza contra la pared. No hay a mi alrededor (con la excepción de dos o tres personas, más bien solo dos) nadie con quien hablar. Y a veces no puedo aguantar a la gente de vista corta y les digo impertinencias. (CORR, 153 [23.06.1971])

Para Laforet, en cambio, la soledad propicia la condición adecuada para el alejamiento del mismo infierno que Sender añora con creciente intensidad. Tras moverse por varias ciudades españolas al amparo del domicilio de amigos o conocidos – Zaragoza, Barcelona, Alicante, Gijón entre otras – viaja a Francia (incluso piensa instalarse en París durante una temporada, dando noticia de ello en una carta del verano de 1972) y luego a Italia, convertida en una “niña andariega e inquieta” de la que Sender tiene en su “libro de direcciones por lo menos diez tuyas siempre diferentes”⁴⁵. Convencida de que exista una relación directa entre la intensidad de su malestar y la proximidad al que fue su hogar, explica que “en cuanto salgo de España recupero mi facultad de pensar y trabajar” (CORR, 230 [12.06.1975]). La libertad recién adquirida le otorga en el primer periodo de la separación un renacimiento anímico que se traduce en cierto bienestar psíquico y una renovada propensión hacia la escritura, que Sender le felicita confiando en que el estado de gracia de su amiga se traducirá pronto en nuevas novelas:

[P]or primera vez en varios años arranqué a trabajar como una auténtica obrera, sin el ‘tic’ de romper y romper: esa especie de enfermedad a que me habían conducido muchos ‘machaqueos’ durante muchos años. [...] Y vuelvo a tomarle gusto al hecho de escribir mis cosas sencillas. (Hacia años que no sentía ese gusto de escribir.) (CORR, 148-49 [carta de la primavera 1971, no fechada por Laforet])

⁴⁵ Citas, respectivamente, de CORR, 203 y 245 [07.04.1973; 09.12.1975]).

Me siento maravillosamente bien de alma y cuerpo en esta época de mi vida – y te lo digo porque me has demostrado tu amistad profunda y sé que te alegra. Tengo cero años. (CORR, 180 [08.06.1972])

Los primeros años Setenta resultan notablemente prolíficos para Sender, con nuevas obras que salen a la imprenta y gestiones para las reimpresiones españolas de algunos de los “ocho o diez [libros]” que todavía resultan vedados por la censura (CORR, 125 [02.11.1970]. Laforet se alegra por el éxito de los trabajos de Sender en España, no obstante lamenta una obsesiva preponderancia en la crítica del elemento político, que atribuye tanto al partidismo imperante en los medios de comunicación de la época como a la envidia, tan arraigada como típica del ámbito literario español:

Sí, querido amigo, tus libros tienen éxito [...] de público y la crítica no habla muchas veces de [ellos] sino de otras razones que le hacen estar de uñas. ¿Por qué diablos en nuestro país o se tiene miedo o se va con lo que se cree la corriente o se está de uñas? También te alaban. Es lógico. También te admiran, es lógico. Pero si pueden prefieren no hacerlo. No enterarse de que eres, sin duda, el más importante de nuestros novelistas. Sin embargo, ¿cuándo ha ocurrido eso en nuestro país, si un autor es grande? (CORR, 122 [17.09.1970])⁴⁶

En 1971 el escritor da noticia a Laforet de que la editorial Planeta está a punto de publicar *El fugitivo*, dedicado a la autora y definido por el mismo Sender como una obra sustancialmente poética, dotada de un espíritu lírico que no permite clasificarla como una novela, “ya que las novelas verdaderas tienen un fondo psicológico convincente, y un repertorio de emociones vivas y directas” (CORR, 162 [06.11.1971]). El aragonés explica a su amiga que en los últimos años ha madurado una predilección hacia la ‘novela lírica’, pues esta forma le permite ensayar la fantasía más que el entendimiento, de modo que su elaboración le resulta entretenida y en absoluto cavilosa. Sobre su nueva obra, que se publica en 1972 y que Laforet llama ‘mi *Fugitivo*’, escribe que en ella “planteo por primera vez en mi vida un problema para mí nuevo: ¿qué hacer con la libertad? El amor, claro, ¿pero qué hacer con el amor y la libertad? Nunca basta. Y el vértigo sigue” (CORR, 176 [25.04.1972]). Laforet confía sus opiniones a una misiva muy breve, elaborada tras haber troceado una carta “larguísima” en la que, según cuenta, no había conseguido expresar apropiadamente su emoción por un libro tan “magnífico, comprimido, misterioso[...] extraordinario” (CORR, 170 [04.1972]). Al mismo tiempo, dedica a la novela una entrada del diario

⁴⁶ Sobre la imposibilidad de elaborar comentarios literarios que no resulten manchados por apreciaciones de talante político, Laforet ya sugería a comienzos de la correspondencia “[n]o se asombre usted de las malas interpretaciones españolas sobre la obra, las intenciones y hasta la vida de uno. Usted se ha olvidado que vivimos siempre en los pequeños reinos de las Taifas, y que una persona que no está declaradamente en ninguno de estos reinos belicosos, a la fuerza se la considera como enemiga de todos” (CORR, 61 [06.05.1966]). De manera similar, en lo que se refiere a la envidia, indicada en numerosos comentarios de Laforet como elemento definidor del sistema cultural de España, ya en enero de 1966 observa la autora que “[e] que esté usted fuera lima las envidias que usted encontraría en su vida diaria si tuviese la desdichada idea de vivir aquí” (CORR, 41).

que tiene publicado en *ABC*, a lo que Sender contesta agradecido, sin dejar de comentar que supone “que [en el periódico] me tienen inquina política, aunque yo no hago política nunca[, pues] me atribuyen filaciones y fobias, como a cada cual en estos tiempos” (CORR, 176 [25.04.1972])⁴⁷.

De entre las demás obras publicadas o reeditadas en los Setenta hacen breve aparición en el epistolario *Carolus rex* y *Nocturno de los 14*, dos textos del exilio (imprimidos, respectivamente, en México en 1963 y en Nueva York en 1969) adquiridos en España por Destino y que Laforet se propone solicitar en una carta fechada 12.10.1971 (CORR, 165). Asimismo, en una misiva del 09.12.1975, Sender menciona brevemente *Arlene y la gaya ciencia* y *El pez de oro* (inéditos que se publicarían por Destino el año siguiente), junto a *El alarido de Yaurí*, que el autor indica como todavía en fase de copia ‘en limpio’ y que aparecerá no antes de 1977, siempre por Destino. Un mayor nivel de profundización queda dedicado a comentar la recepción en España de *La tesis de Nancy*, publicada en 1962 en México (y solamente seis años después en la península, por Magisterio) y al parecer considerada “una tontería” por los críticos españoles (CORR, 173 [20.04.1972]). Para la obra Sender detalla a Laforet el plan de llevar a cabo una operación de ‘camuflaje’, forjando el armazón de una trilogía de la que *La tesis...* será el primer volumen y los siguientes irán escritos conforme puedan resultar más gratos a los profesionales del comentario literario:

como no puedo suprimirla, he decidido reincidir (sostenella y no emendalla) con dos novelas más sobre el mismo tema. Las tres podrán ir en volumen con el título pedante de *Tres novelas bedonistas y un prólogo*. Y las otras dos tratarán de compensar o de disimular los lunares feos de la primera. Y que Dios nos coja confesados a todos. (CORR, 173 [20.04.1972])⁴⁸

La obra en la que acaso se concentra un número mayor de comentarios en la segunda parte del epistolario es *Ensayo sobre el infringimiento cristiano*, publicado en 1967 en México y adquirido en España por la Editora Nacional, que lo imprimiría en 1975. A tal propósito, el 09.12.1975 escribe Sender:

⁴⁷ En el artículo de *ABC*, Laforet escribe de *El fugitivo* que “[c]on imágenes, palabras, estilos de un realismo crudo y visible – elementos que componen y terminan una novela excelente, [Sender] ha compuesto al mismo tiempo una clave, un drama, una solución a ese drama a un tiempo desgarradora y agudamente feliz. El drama del hombre que encuentra la sabiduría de su propia felicidad de vivir – la única que no había alcanzado – al borde de la muerte y que, justo entre el dilema muerto o manicomio, sabemos desgarrado de felicidad, a pesar de todo, al cerrar el libro” (CORR, 268-69 [originalmente publicado en *ABC* del 21.04.1972]).

⁴⁸ A propósito de *La tesis...*, estando a punto de terminar la tercera entrega y con la segunda ya lista para la imprenta, escribe Sender “hay tan poca comprensión... Solo los críticos alemanes o ingleses dicen de vez en cuando cosas que valen la pena. En España no hay crítica. Solo hay bombos y mala sangre” (CORR, 217 [06.10.1973]). Como es bien sabido, la trilogía (cuyo título esbozado en la carta y finalmente desechado recuerda las *Tres novelas ejemplares y un prólogo* de Miguel de Unamuno) acabó convirtiéndose en un ciclo de cinco entregas que Vived Mairal define como “la serie gringo-andaluza” (2002: 503). Además de *La tesis...*, las novelas que componen el conjunto son *Nancy, doctora en gitanería* (1974, Magisterio), *Nancy y el Bato loco* (1974, Magisterio), *Gloria y vejamen de Nancy* (1977, Magisterio) y *Epílogo a Nancy: bajo el signo de Taurus* (1979, publicada en México y reeditada por Destino en 1982).

Ahora sale un libro que considerarán terriblemente pecaminoso [...]. Por él me habrían quemado años atrás en la Plaza Mayor con leña verde. Ahora la Editora Nacional (!!!) que publica la primera edición española (antes había salido en México) me invita a ir a presentarlo [...]. (CORR, 247)

En las impresiones que los dos escritores intercambian en relación con el argumento del *Ensayo...* converge una confrontación sobre lo religioso que se manifiesta en la amistad epistolar entre Sender y Laforet desde los primeros meses hasta las últimas cartas. En efecto, ya en 1966 el aragonés defiende su condición de individuo “religioso a mi manera” – anarquista de lo sagrado, si se quiere –, es decir en absoluto asiduo a la ritualidad del culto, pero profundamente convencido de la existencia de un Dios “inmutable, invariable, eternamente vivo en su esencialidad”, con el que en ocasiones incluso habla “por los pasillos de mi casa o en el baño o acostado”⁴⁹. El Dios de Sender es una entidad de la que se goza en la soledad de la reflexión – en dos cartas comenta el aragonés que bien podría hacerse cartujo, pero nunca cura párroco – y tiene los contornos de la divinidad descrita por la mística, sobre todo la de “Santa Teresa, San Juan de la Cruz y [...] San Pedro de Alcántara”, lecturas comunes con Laforet (CORR, 145 [27.01.1971]). La escritora canaria, por su parte, describe la fe como el punto de llegada de un largo recorrido, parcialmente relatado en *La mujer nueva*. Para ella, el acercamiento a Dios supuso

una búsqueda de siete años en que hice las mayores idioteces y las dejé y me metí por todos los vericuetos de nuestro catolicismo español en lo que tiene de venero religioso y en lo que tiene de absurdo y enmohecido y todo. Luego una enfermedad física de todas estas contradicciones entre lo que hacía y mi manera de ser. Y luego otros siete años en los que estoy de casi huida, de volver a mi ser, de encauzar todo a mi razón. Pero siempre encuentro a Dios a todas partes. A veces es como una locura tranquila. (CORR, 57 [15.04.1966])

Para Sender la religión está estrechamente vinculada con la condición de desamparo del hombre, frente a la cual ofrece sugerencias de escape, aunque no soluciones:

El carácter divino del cristianismo está en las palabras de Jesús en la cruz, cuando reprocha a Dios que lo haya abandonado. Sin la angustia que deja en todos los hombres esa declaración del más puro ser que la mente humana ha podido concebir no habría religión posible. En la religión no hay solución para nadie – no hay soluciones en este mundo –. Hay intuiciones compensadoras de la angustia, aquí y allá, con las que vamos marchando. Pero ¿comprenden eso en los conventos? (CORR, 92 [08.01.1967])

Las posturas religiosas de Sender y Laforet parecen arrancar ambas de un razonamiento ponderado alrededor de la condición limitada del ser humano y de su libre albedrío y desembocan a la par en un sentido de lo religioso que, pese a no resultar ortodoxo en ninguno de los dos casos, se convierte en un destacado resorte anímico. Según subraya Sender, la diferencia sustancial entre los dos autores es que

⁴⁹ Citas respectivamente de CORR, 53, 158 y 153 [04.03.1966; 26.08.1971; 23.06.1971].

para Laforet la fe proporciona alegría e incluso sosiego, mientras que para él la creencia religiosa “[n]o me sirve para nada, aunque supongo que sin ella mi vida sería mucho peor” (CORR, 145 [27.01.1971]). En realidad se da una peculiaridad más en la visión de lo religioso de Sender, coincidiendo con un comentario de talante político sobre el que Laforet cautelosamente se exime de opinar. Notoriamente crítico hacia la arquitectura del nacionalcatolicismo, el escritor se muestra rotundamente contrario a “la Iglesia española [que] prefiere seguir integrada en el estado, política y administrativamente” (CORR, 83 [23.11.1966]) y gasta palabras de perplejidad hacia el Opus Dei:

¿Están seguros de que es Dios quien vela por sus dividendos? Lo terrible es que algunos están convencidos de que le hacen un favor a Dios accediendo a disfrutar de sus privilegios, y justificando así el mantenerlos a sangre y fuego. (CORR, 91 [08.01.1967])⁵⁰

Si para Sender los Setenta son años de continuada productividad literaria y cosecha de numerosos éxitos profesionales en España y en América⁵¹, tanto la creatividad de Laforet como su estado anímico sufren frecuentes altibajos que no hacen sino agravar la parálisis mental de la que la autora se sentía víctima estando todavía casada con Cerezas. Durante sus numerosos viajes, que le provocan “una resaca de continuas vacaciones” (CORR, 189 [18.09.1972]), Laforet trata de recrear las condiciones propicias para la redacción de las dos novelas que le faltan para completar su trilogía, un proyecto atascado que le impide seguir adelante con su producción literaria. En septiembre de 1972 visita Roma, que inicialmente no le es grata, pero donde acaba encontrando un ambiente favorable a su creatividad, beneficiando tanto de las relaciones que entreteje con la comunidad de los exiliados españoles afincados en la capital italiana, como de la amabilidad de los habitantes de la ciudad, que, para ella, tanto contrasta con la de los españoles:

Los italianos hoy, cuando se viene de España, resultan muy agradables. La calle española (en Madrid al menos y creo que en muchos otros sitios) es hosca. La gente mal educada, deshumanizada. Estos italianos por lo menos son amables, saludan, ayudan... Y Roma, a pesar de la suciedad de las calles, tiene el aire limpio. (CORR, 190 [18.09.1972])

⁵⁰ Sin querer profundizar la cuestión del involucramiento del Opus Dei en el primer regreso de Sender a España, subrayo que en una carta fechada 09.12.1975 el aragonés escribe “[c]uando estuve en España (hasta poco antes de regresar aquí) no sabía que la Fundación Mediterránea era Opus Dei” (CORR, 248; alrededor de la función de la Fundación Mediterránea, una de las principales entidades promotoras del viaje senderiano de 1974, véase Vived Mairal, 2002: 577-91).

⁵¹ A tal propósito, recuérdese que en el año 1973 el aragonés recibió el título de doctor *honoris causa* en Derecho por la University of Southern California y que en 1981 su nombre incluso llegó a proponerse para el Premio Nobel. Acerca del primer acontecimiento el autor comenta brevemente a Laforet “[v]engo de Los Ángeles (adonde fui para un ‘honoris causa’ que me dio la University of Southern California lleno de ceremonias, discursos, etc.) [...]” (CORR, 196 [08.02.1973]).

En octubre Laforet comunica a Sender su resolución de establecerse en Roma y “trabajar ferozmente aquí, ya que ahora puedo” (CORR, 193 [16.10.1972]). También le cuenta que, más allá de las opiniones políticas, ha trabado amistad con el matrimonio Alberti y particularmente con María Teresa León, con la que habla regularmente de la obra del aragonés⁵². En marzo del año siguiente el propósito de recuperar el borrador de la segunda novela de su trilogía y por fin acabarlo parece haberse cumplido: en una carta fechada 18.03.1973 Laforet escribe que ha vuelto a plantear desde el principio todo el enfoque de su texto, ya que ha conseguido tener otra vez simpatía por sus personajes tras tantos años en los que, debido a las circunstancias, “había tomado yo tanta manía a mi trabajo y al libro [que] resulta que también le había tomado antipatía a los personajes” (CORR, 200). Pese a describirse como ‘entontecida’ en su escritura y continuamente distraída por varios accidentes – las visitas de sus hijos a Roma; los percances económicos debidos a que lleva un tiempo sin publicar; la lentitud del correo italiano que retrasa la recepción de los cheques enviados por los editores españoles; el hecho de que una parte de su manuscrito hubiera quedado atrás en la furgoneta de su hijo Manuel durante un traslado a España –, en septiembre de 1973 anuncia “escribí [la novela] y la terminé [...] y ahora quiero escribir enseguida la otra tercera de la trilogía: pero necesito descansar un poco y sobre todo saber adónde me voy” (CORR, 208 [11.09.1973]). A la vez que utiliza el término italiano ‘jettatura’ (maldición) para hacer referencia al accidentado proceso de elaboración de su texto, la escritora también describe con pormenores la profunda angustia de tipo depresivo que la envuelve y la suma a un estado de tensión constante por cuestiones relativas a sus hijos:

Soy una madre preocupadísima por lo poco que puedo hacer por mis hijos. [...] De todas estas cosas y otras he tenido que huir, para poder inventar mi intrascendente novela. Porque estas cosas son las que me arrastran y me sacan de mí misma [...]. (CORR, 209-11 [11.09.1973])

Sender vuelve a animar a su amiga con palabras de alabanza hacia su capacidad para la creación literaria, consciente de que “los planes de trilogías (algo estructuralmente largo y fatigoso) nos dan pereza y nos paralizan un poco”:

Tus novelas me gustan más que las mías y son mejores en varios sentidos. Sobre todo ahora, que soy viejo y nervioso (impaciente) y raro. Tú tienes una serenidad y una armonía envidiables, y sabes dar matices y tonos suaves (el famoso claroscuro) que yo no sé. Di a tu editor que me

⁵² Sender comenta la noticia de la cercanía entre Laforet y la célebre pareja desterrada – que en una ocasión llega a definir ‘sectaria’ – explicando que “[e]ntre Alberti, para quien he tenido siempre verdadera amistad y cariño, y yo ha habido siempre un desnivel político. Bien lo siento. Pero, ¿qué vamos a hacerle? Ellos me odian porque en 1933 escribí contra Stalin, y desde entonces han andado buscándome la vuelta a ver por dónde me herían. No han encontrado todavía manera seria de hacerlo. Sólo pequeñas molestias. No estoy hablando de los Alberti, claro, sino de los que están detrás de ellos y supongo que a ellos también los han molestado más de una vez. Recelan y odian a los intelectuales, a no ser que se les sometan sin condiciones, como Neruda y algún otro pícaro oportunista (CORR, 197 [08.02.1973]).

mande el libro en cuanto salga. Escribiré sobre él para los periódicos hispanoamericanos [...]. (CORR, 212-18 [06.10.1973])

Ignora el aragonés que la peregrinación de Laforet no es un aflato de libertad, sino más bien una huida, y que la paz espiritual de la escritora es real solamente en el limitado universo de las cartas que escribe, en las que intenta convencerse a sí misma de que la serenidad está a su alcance.

Así, desde el otoño de 1973 Laforet se cierra en sí misma y en los pliegues de su mal oscuro hasta el punto que solamente contesta a Sender en mayo del año siguiente, una vez enterada de que su correspondencia viajará por fin a España, rompiendo un exilio de casi cuarenta años:

que tú vengas a España y que yo me entere hoy es algo que no me perdono. Si hubiese leído la prensa (como debía) habría estado en Barcelona para recibirte [...]. No sé si te llegó mi carta [...] pero hubiese vuelto a escribirte igualmente de no haber tenido una especie de imposibilidad de hacerlo: una paranoia de preocupación maternal por muy distintos motivos (mis motivos son cinco como sabes y los preocupantes eran sobre todo tres...); aparte de eso, no estaba buena y me sentía como presa en Madrid. (CORR, 220 [28.05.1974])

La correspondencia continúa tras el breve encuentro que los dos amigos entretienen en Madrid durante la visita de Sender, un momento al que ninguno de los dos alude extensivamente en el epistolario⁵³. Ya más enterado de la fragilidad psíquica que aturde a Laforet, el aragonés intensifica las propuestas que plantea desde la separación con Cereales para que la autora pase una temporada en Estados Unidos dando conferencias y clases como visiting professor. En efecto, ya desde el invierno de 1970, además de ofrecer repetidamente ayuda económica, Sender se había comprometido a proporcionar a Laforet contactos con el ambiente cultural estadounidense, tras comprobar la necesidad de la escritora de alejarse de Madrid y desconectar del mundillo literario español. No obstante, el entusiasmo inicial de Laforet ante la posibilidad de viajar nunca se había concretado en una efectiva llegada a Estados Unidos, por avanzadas que estuvieran de año en año las gestiones, según un mecanismo algo especular respecto al del regreso de Sender a España, largamente aplazado pese a ser anunciado para cada nueva primavera⁵⁴. Entre 1974 y 1975 el

⁵³ El único testimonio que proporciona algún detalle de la reunión aparece en la crónica del viaje de Sender elaborada por Luz Campana de Watts, quien recuerda que los dos escritores se encontraron en una comida ofrecida por la editorial Destino. La autora de *Veintiún días con Sender en España* describe a Laforet como “nítida como una estatuita de plata, serena, tranquila, pero firme como la mujer de genio que es” y añade que a la hora de volver al hotel “[h]ubo un incidente muy curioso. Venía Carmen Laforet con Ramón desde el restaurante y al llegar al hotel y dirigirse los dos al ascensor, Carmen se despidió en la puerta, Ramón le insistió, ella negó de nuevo graciosamente y Ramón comprendió que quería evitar alguna clase de equívoco (1976: 146-50).

⁵⁴ En un primer momento Laforet reacciona con ánimos ante las propuestas de Sender y se plantea un viaje “de molimiento de huesos que me irá muy bien para vapulear mi mente, volver al revés los forros de los bolsillos y sacar polillas de la imaginación”, confiando en que una nueva experiencia más allá del océano pueda surtir para sus nervios los mismos efectos benéficos de la gira de 1965. Análogamente, se

escritor confía a Luz de Watts los trámites en relación con Laforet, que sigue expresando hacia su viaje sentimientos contrastantes, procedentes de una dolorosa mediación entre su voluntad de vagabundeo lejos de España y las atenciones que precisan sus hijos, las apremiantes necesidades económicas que quedarían sosegadas por un cargo en Norteamérica y el horror a hablar en público que instila en Laforet el germen de la duda acerca de su valor como conferenciante⁵⁵. Anonadada por las rápidas evoluciones de su depresión, Laforet vuelve a descuidar de la correspondencia, aunque muestra un interés desesperado por el proyecto estadounidense:

¿puedes creer que hace meses que pienso casi diariamente en escribirte sin llegar a hacerlo? Yo creo que sí [...] porque [...] sé, porque me lo has dicho que pasas temporadas de depresión y no escribes cartas. A mí, después de estos dos últimos machacantes años, después de que en los últimos meses empezaron a aclararse las nieblas sobre mi preocupación por mis hijos [...], en fin, después de todo eso, me sentí medio entontecida y me puse a descansar. [...] Mi economía anda muy mal, porque no he trabajado nada, pero es posible que se arregle. Y así, de indecisión en indecisión de lo que voy a hacer, se me pasa el tiempo sin escribir ni cartas ni artículos que me pide Destino y que tengo, pero una vez tenidos, los encuentro imposibles. [...] En este estado tan estúpido me encuentro, y en este estado tan estúpido te pido que Luz o tú me digáis algo que necesito saber desde hace mucho pero por todo eso que te he contado y mucho más no he preguntado. [...] Yo tengo que salir de este vaso de agua psíquico en que me ahogo. (CORR, 225-29 [07.03.1975])

Perdida en una rutina que la lleva a hacer y deshacer continuamente su trabajo, Laforet solicita informaciones acerca de un posible cargo en la California State University, del que Luz de Watts le había hablado durante el viaje con Sender. La propuesta oficial de la universidad llega en junio de 1975, pero al encontrar el sueldo ofrecido insuficiente para vivir en América de manera independiente, la escritora, que ahora se encuentra nuevamente instalada en Roma, renuncia “total y definitivamente a la aventura universitaria” (CORR, 237 [06.1975]). Sender echa la culpa de una oferta que no juzga a la altura de su corresponsal a la mala gestión de Luz – “[v]oy a darle un recorrido [...] que se va a acordar el resto de su vida” – y a rivalidades internas del departamento, a la vez que se siente “indignado, [...] angustiado y deprimido” por el hecho de que la

anima cuando a su corresponsal se le ocurre ofrecerle una colaboración con la American Literary Agency de Maurín: “[m]is artículos son interesantes. A veces me divierto con alguna cosa de aquí, pero no sirven esos en que así me divierto para fuera. Porque no me entenderían. [...] Pero [...] ahora que voy a hacer un plan de colaboraciones no me disgusta la idea de alguna fuera de España” (CORR, 156-57 [26.08.1971]; en CORR, 161, tras consultarlo con Maurín, Sender informa a Laforet de que una colaboración resulta de momento imposible porque “Hispanoamérica en estos tiempos de crisis general y particularmente en los países en desarrollo está cada vez más verde y difícil” [06.10.1971]).

⁵⁵ En más de una ocasión Laforet manifiesta su sentido de inadecuación tanto para la docencia como en lo que se refiere a la actividad de conferenciante, a lo que Sender contesta que “[n]o tienes que preparar nada. Solo quieren que hables con los alumnos de igual a igual, y les digas lo que se te ocurre en el momento. [...] Algo como las tertulias españolas del Ateneo o los cafés literarios. Te digo todo esto porque parece que tienes miedo al lado pedagógico de los EE. UU. Deberías tenerlo a la pedagogía española, pero no a la de aquí” (CORR, 223 [14.09.1974]).

posibilidad de tener cerca a una amiga a la que tiene aprecio y cariño se aleja una vez más (CORR, 239-42 [20.06.1975]).

Una vez zanjado el asunto del viaje de Laforet, podría decirse que las últimas cartas que aparecen en el epistolario – referidas todas al año 1975 – constituyen una vuelta a la dimensión más íntima de la amistad entre los dos escritores, ya que tocan las más profundas cuerdas de la sensibilidad de cada uno y las comunican a pesar de los accidentes que imposibilitan la reunión física. Laforet, intentando animarse a sí misma a la vez que escribe las cartas, explica a Sender que ha vuelto a recuperar algo de serenidad en Roma y que está trabajando a su ‘trilogía de nunca acabar’, que en efecto permanecerá parada. Sender vuelve a hablar de su imposible regreso y de la nostalgia que le tendría a la libertad que ha aprendido a ejercer en Estados Unidos si volviera a vivir en un país donde todo es política:

Algún español viene también de tarde en tarde. Y me llaman por teléfono de Madrid, pintores, periodistas (para entrevistas), estaciones de radio, etc. Y por la noche trato de dormir y duermo más o menos soñando cosas imposibles (volver a España y quedarme allí permanentemente). Yo quisiera (bien lo sabe Dios) pero, ¿cómo? Allí todo lo convierten en política y yo no quiero saber nada de regímenes ni partidos. Solo querría respirar aquel aire, ver el mar Mediterráneo cada día, beber buen vino de Cariñena en las comidas y discutir con la gente en español. [...] si no me toleran, no iré ya nunca a España, porque comunistas, socialistas, republicanos, monárquicos de una corona o de otra, falangistas y guerrilleros de Cristo (!!!) me parecen varias jaurías de perros ladrándose unos a otros, y no dejando de hablar a nadie, ni permitiéndole a uno oír nada claramente. (CORR, 246-48 [09.12.1975])

La carta del aragonés que cierra el epistolario – por lo menos hasta que no se encuentre más material – es de diciembre de 1975: Franco ha muerto recién y España se encuentra en un comprensible estado de agitación, que incluso hace que Sender tema el estallido del “segundo acto de la Guerra Civil (una danza macabra mucho más sangrienta y desacordada que la de 1936)” (CORR, 248). No obstante, lo que impacta de la carta no es el comentario de las noticias de más allá de Atlántico, sino, una vez más, las palabras de amistad, la exhortación a escribir, aunque solo sea para cancelar las “sombras interiores”, el intercambio de comentarios acorazonados sobre los hijos, la triste constatación de una soledad cada vez más profunda. Y la despedida, hasta ese momento nunca tan sentimental:

Yo te envió un abrazo envoltentísimo de tu lejano y viejo y platónico enamorado de siempre. (CORR, 249 [09.12.1975])

No hay constancia de cartas posteriores a 1975 en los archivos en parte todavía inexplorados de los dos autores, aunque, según explica Rolón Barada en su edición del epistolario, los hijos de Laforet aseguran que la correspondencia se extendió hasta la muerte del escritor aragonés.

Sender falleció por un infarto del miocardio en 1982, “con la pluma en la mano”, para decirlo con palabras de Vicente Aleixandre (Vived Mairal, 2002: 678), mientras corregía el manuscrito de *Toque de queda* (publicado póstumo en 1985 por

Plaza & Janés). Laforet se despidió en 2004 de un mundo del que ya llevaba años viviendo abstraída, víctima de “un bloqueo físico y mental [por el] que no podía ni levantarse de la cama, ni firmar un cheque” (Geli, 2010). Personalidades profundamente distintas y a la vez extraordinariamente afines, orillas opuestas de un mar no solamente físico, sino también ideológico, piezas esparcidas del inmenso archipiélago de las letras españolas de después del ’39. Dentro de un panorama en que las islas se veían generalmente separadas por las aguas violentas y apocadoras de la contingencia política, la comunicación entre Ramón J. Sender y Carmen Laforet, intenso y singular encuentro entre exilio e ‘interior’, demuestra que la sensibilidad literaria, si no incluso la humana, es elemento suficiente para armar un barco capaz de resistir a las peores tormentas. Un barco en que – no está de más suponerlo – queda guardada la semilla del reencuentro.

BIBLIOGRAFÍA

- ARA, JUAN CARLOS; TUDELILLA, CHUS; MAINER, JOSÉ-CARLOS (al cuidado de) (2001): *Cartografía de una soledad. El mundo de Ramón J. Sender*, Zaragoza: Diputación General de Aragón.
- AZNAR SOLER, MANUEL (2002): “La historia de las literaturas del exilio republicano español de 1939: problemas teóricos y metodológicos”, *Migraciones y Exilios*, 3-2002, pp. 9-22.
- DUEÑAS LORENTE, JOSÉ DOMINGO (1994): *Ramón J. Sender. Periodismo y compromiso (1924-1939)*, Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses.
- CABALLÉ, ANNA – ROLÓN, ISRAEL (2010): *Carmen Laforet. Una mujer en fuga*, Barcelona: Círculo de Lectores.
- CAUDET, FRANCISCO (al cuidado de) (1995): *Correspondencia Ramón J. Sender-Joaquín Maurín (1952-1973)*, Madrid: Ediciones de la Torre.
- CEREZALES, AGUSTÍN (2001): “Mamá”, *El Mundo*, 30.05.2001 [edición digital, última consulta 10.04.2014].
- CEREZALES, MANUEL (1985): “Aquella chica canaria del Ateneo”, *Ya*, 05.01.1985 [archivo digital, última consulta 14.04.2014].

- GELI, CARLES (2010): “Todo sobre la chica de *Nada*”, *El País*, 15.05.2010 [edición impresa].
- JOHNSON, ROBERTA (2006): “La novelística feminista de Carmen Laforet y el género negro”, *Arbor. Ciencia, pensamiento y cultura*, n. 719, julio-agosto 2006, pp. 517-25.
- LAFORET, CARMEN (1964): *Andrea*, Nueva York: Vintage Press.
- LAFORET, CARMEN (1967): *Paralelo 35*, Barcelona: Planeta.
- LAFORET, CARMEN; SENDER, RAMÓN J. (2003): *Puedo contar contigo. Correspondencia* [a cargo de Israel Rolón Barada], Barcelona: Destino.
- MARTÍN-GAITE, CARMEN (1987): *Usos amorosos de la postguerra española*, Barcelona: Anagrama.
- PINI, DONATELLA (1994): *Ramón J. Sender tra la guerra e l'esilio*, Alessandria: Edizioni dell'Orso.
- PINI, DONATELLA (1995): “La participación de Sender en la guerra de España: evidencias y dudas”, *Ramón J. Sender. El lugar de Sender. Actas I*, pp. 235-51.
- RESSOT, JEAN-PIERRE – PINI, DONATELLA (1999): “Crónica del Alba de Ramón J. Sender: una creación en el exilio”, *Setenta años después. La España exiliada de 1939. Actas VII*, pp. 433-455.
- RESSOT, JEAN-PIERRE (2003): *Apología de lo monstruoso. Una lectura de la obra de Ramón J. Sender*, Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses.
- RIVAS, ROSA (2011): “65 años de hispanismo en dos orillas”, *El País*, 29.03.2011 [edición digital, última consulta 12.04.2014].
- SENDER BARAYÓN, RAMÓN (1990): *Muerte en Zamora*, Barcelona: Plaza & Janes.
- SENDER, RAMÓN (1954): “El puente imposible”, *Cuadernos del congreso por la libertad de la cultura*, n.4 (enero-febrero 1954), pp. 65-72.
- VIVED MAIRAL, JESÚS (2002): *Ramón J. Sender. Biografía*, Madrid: Páginas de Espuma.
- WATTS, LUZ CAMPANA DE (1976): *Veintiún días con Sender en España. Crónica viajera*, Barcelona: Destino.
- ZULETA, EMILIA DE (2006): “Historia de una amistad: Ramón Sender y Carmen Laforet desde sus exilios”, *Olivar*, 7(8), pp. 139-152.